

DGCL

A

NOTAS GRAMATICALES

I

El **LA** y el **LE**

C.B. 1117667

7.95530

OBRAS DEL MISMO AUTOR

De venta en las principales librerías de España y América.

	<u>Ptas.</u>
Ripios aristocráticos (sétima edición); un tomo en 8.º.....	3
Ripios académicos (tercera edición); un tomo en 8.º.....	3
Ripios vulgares (tercera edición); un tomo en 8.º	3
Ripios ultramarinos; montón primero, segundo y tercero, segunda edición; el montón cuarto, nuevo, con el retrato del autor; cuatro tomos en 8.º.....	12
Se venden separados.	
Ripios geográficos; un tomo en 8.º.....	3
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición); cuatro tomos en 8.º.....	12
Se venden separados.	
Destrozos literarios; un tomo en 8.º.....	3
Agua turbia, novela (segunda edición); un tomo en 8.º.....	3
La condesa de Palenzuela, novela; ¡A buen tiempo!, id.; Inconsecuencia, id.; La prueba de indicios, id.; Metamorfosis, id. Estas cinco novelas en un tomo en 8.º, con el título de Novelas menores.....	3
Rebojos; zurrón de cuentos humorísticos (segunda edición); un tomo en 8.º.....	3
Parábolas; un tomo en 8.º, con retrato.....	3
Capullos de novela (segunda edición); un tomo en 8.º.....	3
Agridulces (políticos y literarios); dos tomos 8.º.	6
Historia del corazón, idilio; 4.ª edición (de lujo).	1
D. José Zorrilla (biografía crítica).....	1
Pedro Blot (traducción de Paul Feval).....	2
Cuentos de afeitar (edición ilustrada).....	2
Sobre el origen del río Esla (con un mapa).....	2

EN PRENSA

Ripios eclesiásticos.

EN PREPARACION

Diccionario de la Lengua castellana.
 El beato Juan de Prado.
 Ratoncito Nosemás, novela.

NOTAS GRAMATICALES

EL LA Y EL LE

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)



84150



MADRID

IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, 5.

1810

R-73594

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

07148

BIBLIOTECA

EL LA y el LE

«No faltan autores de nota que usan en dativo las formas *la* y *las* idénticas á las de acusativo. Ejemplo es que no debe imitarse.»

(Díjolo..... la Academia.)

I

La innovación.

Hubo un tiempo, y no está muy lejano todavía, en que nuestra Real Academia de la Lengua consideraba indiferente decir *la* ó decir *le* en los dativos femeninos, y su *Gramática*, lo mismo que las de otros autores, presentaba como de libre elección las dos formas.

No estaba del todo en lo justo la *esplendorosa* corporación con aquella libertad y aquella indiferencia. Lo justo hubiera sido adoptar el *la*, que es la forma racional femenina, y proscribir el *le*; pues aunque le hayan escrito algunas veces autores respetables, siempre se ha debido considerar esto como un descuido, explicable únicamente por aquello del gran

preceptista latino: *Quandoque bonus dormitat...* (1)

Mas ¡ay! por muy contentos habríamos podido darnos con que las cosas hubieran seguido como estaban...

Porque Dios mejora sus horas, según la cristiana frase popular; pero la Academia no mejora sus libros, sino que los empeora en cuanto anda con ellos. Así es que, en este asunto, cuando quiso salir de la indiferencia, salió al revés, adoptando el *le* y condenando el *la*, es decir, echando por el lado contrario al de la razón y de la lógica.

En el año de 1874 me parece que fué cuando la Academia, al hacer una nueva edición de su *Gramática*, reformó la declinación del pronombre, suprimiendo las formas *la* y *las* en el dativo de singular y de plural y poniendo en lugar de ellas unas llamadas, de esta manera:

«SINGULAR

.....
 Dativo. A ó para ella—LE (1)

(Antes decía: LA, LE)

(1) *Quandoque*, ¿eh? no *aliquando*, como dicen, copiándose unos á otros, todos los pedantes que no han leído á Horacio y le citan dé oídas; con los cuales acaba de hacer causa común el Padre Coloma, que, en el discurso de recepción en la Academia, ha salido también con su *aliquando* correspondiente, como para probarnos que merece ser académico.

PLURAL

.....
 Dativo. A ó para ellas—LES (2)

(Antes decía: LAS, LES)»

Y reproduciendo las dos llamadas juntas á lo bajero de la plana, estampó á continuación lo siguiente:

«No faltan autores de nota que usan en dativo las formas LA y LAS idénticas á las de acusativo. Ejemplo es que no debe imitarse.»

¡Dijolo Blas!..

Pero no hay que hacer punto redondo.

Este pobre Blas, que oficialmente ya se sabe que es la Academia, en realidad fué un académico andaluz muy ignorante... y muy presumido, por supuesto, porque estas dos cualidades casi siempre andan juntas; el mismo á quien se atribuye el haber echado á perder la ortografía multiplicando los acentos hasta ponerlos en los finales agudos en *on*, como si hubiera peligro de que la gente diera en pronunciar *corázon*, *rázon*, *méson* no viendo la *ó* acentuada.

Y tomó con tanto calor aquel pobre diablo su campaña contra el *la*, que, no contento con haber reformado la declinación al principio del libro (pág. 55) apoyando la reforma con la insulsa nota copiada, todavía allá cerca de lo último, al querer dar reglas para la construcción (pág. 230), volvió á insistir diciendo:

«El uso de las voces *le* y *les*, *la* y *las*, en da-

tivo y acusativo, ofrece dificultades por las diversas opiniones que sobre el particular han seguido y siguen todavía escritores de nota. La Academia, habiendo de optar entre ellas...»

Opta por la peor, naturalmente. Ella no lo dice así tan claro; pero así es.

«La Academia, habiendo de optar entre ellas, se ha atenido á la más autorizada (no, á la menos), señalando la variante *le* para dativo singular del *nombre* (¡no, que será del verbo!) *sea masculino ó femenino*, como en estos ejemplos: El juez persiguió á un ladrón, *le* tomó declaración y *le* notificó la sentencia.» (Esto último lo haría el escribano y lo primero la Guardia civil. ¡Ni un simple ejemplo saben poner, sin errar, los académicos!)

«El juez prendió á una gitana, *le* tomó declaración y *le* notificó la sentencia. Donde se ve que el pronombre está en dativo, así cuando se refiere al ladrón, como cuando alude á la gitana...»

Claro que se ve; pero se ve que está mal cuando se refiere á la gitana. Y aunque en este ejemplo, por la imposibilidad moral de que sea la gitana quien tome declaración al juez, no hay verdadera anfibología; cuando la acción del verbo no es exclusiva de uno de los personajes, hay anfibología siempre.

Por ejemplo: «Pedro se encontró con Juana en la calle, y *le* dió un racimo de uvas.» —¿Quién á quién?... Para mí y para todos los

que hablamos en castellano castizo no hay duda; fué Juana quien dió el racimo de uvas á Pedro; porque de haber sido al revés se hubiera dicho: «Y *la* dió un racimo de uvas.» Pero los académicos, que pretenden que en dativo siempre se diga *le*, sea masculino ó femenino el nombre que se trata de sustituir, no pueden saber si en el caso propuesto fué Juana quien dió el racimo de uvas á Pedro, ó fué Pedro quien dió el racimo de uvas á Juana.

¡Y esta es la sintaxis por la que ha optado, después de mucho dudar, la Academia!

Tras de otro párrafo igualmente erróneo sobre el acusativo, viene en la *Gramática* de la Academia este nuevo golpe.

«Por último, se establece como regla sin excepción que LES marque el dativo de plural lo mismo para un género que para otro.»

¡Así se hace! Lo mismo para un género que para otro... y la distinción y la claridad, que las lleve la trampa...

Y luego... «que LES marque el dativo...» ¡Como si el oficio de los pronombres fuera *marcar* los casos!... No es posible expresarse con mayor impropiedad ni con más desconocimiento del idioma.

Pero todavía no paró en eso el ensañamiento de aquel buen académico, á quien Dios haya perdonado todas sus majaderías. Preparábase por entonces en la Academia la duodécima edición del *léxico oficial*, que llaman,

publicada unos años más tarde, y allí fué también aquel infeliz á continuar la persecución contra la buena sintaxis, dándose con este motivo el caso raro y estupendo de que un Diccionario tan pobre y desustanciado como el de la Academia, que no suele decir palabra de la construcción ni del régimen, ni enseña siquiera las irregularidades de los verbos, se meta en dibujos sobre el pronombre y diga en el artículo dedicado al *la* reproduciendo casi textualmente la nota de la *Gramática*:

«Esta forma de acusativo no debe emplearse en dativo; aunque lo hayan hecho escritores de nota.»

¡Bueno! Y van tres...

El general tonto del cuento mandaba disparar dos cañonazos contra donde no alcanzaba uno: el académico aludido, queriendo perfeccionar el sistema, dispara cuatro.

Porque después de haber repetido ya tres veces su nuevo canon, vuelve otra vez en el artículo dedicado al *le* á decir lo mismo:

«En dativo y *género femenino* no debe emplearse la forma *la* (& y en género masculino sí?), propia de acusativo, aunque lo hayan hecho autores de nota...»

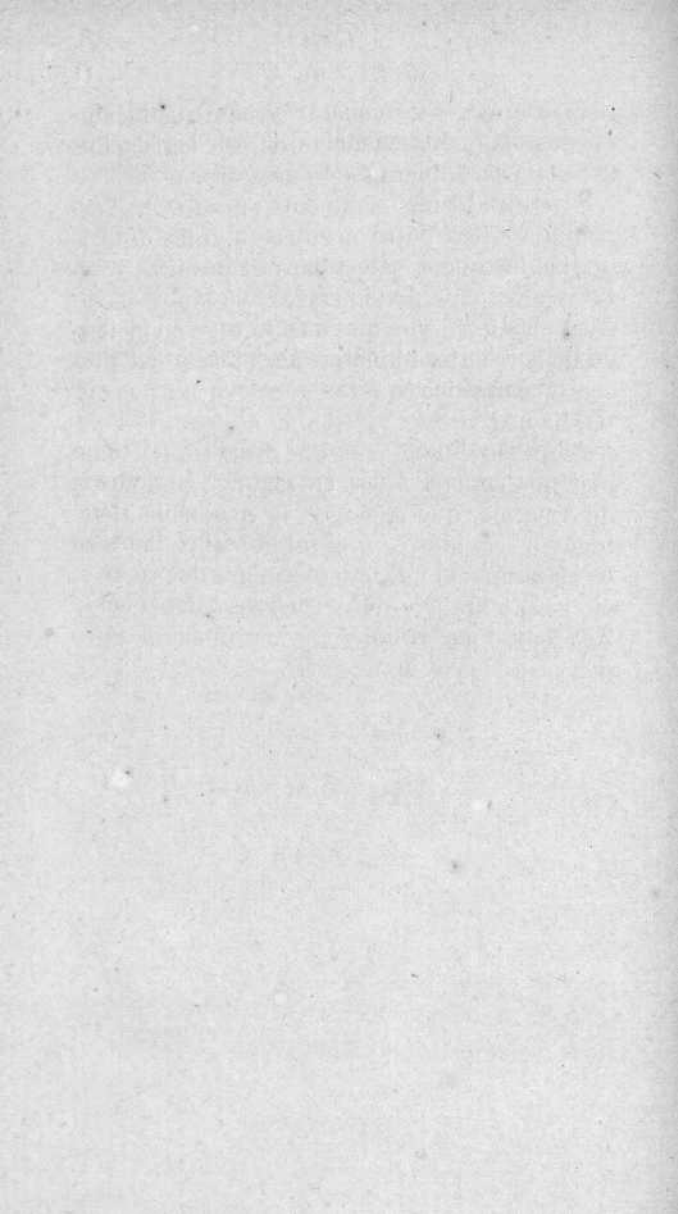
¡Qué empeño!... ¡Como si por repetir una tontería muchas veces dejara de ser tontería!

Vale Dios que por acá nadie hace caso de la Academia ni de sus libros, ni nadie la cree las cosas por muchas veces que las diga. Pero

á no ser por este general y bien justificado desdén, las consecuencias de esa legislación estrafalaria hubieran sido desastrosas.

Si contra lo que realmente sucede, la Academia tuviera entre nosotros alguna autoridad; si los que escriben para el público, y especialmente los periodistas, cuyo labor diario es el más leído y el que más influye en el lenguaje corriente, hubieran hecho caso del precepto académico, á estas horas ya no nos entendíamos.

El que lo dude ó crea que exagero, no tiene más que ponerse á leer en algunos periódicos de América, que es donde la Academia tiene todavía seguidores, ó en algún libro impreso en Cataluña, donde los correctores de pruebas, en su ignorancia del castellano, tienen á la Academia por infalible, y se quedará poco menos que en ayunas.



II

Las anfibologías.

Leyendo, hace ya un montón de años, la *Historia de la Conquista de Méjico*, de Solís, por una edición hecha en Valencia á fines del siglo XVIII, llegaba al capítulo XVII del libro segundo, en que se describe el primer encuentro de Hernán Cortés y sus compañeros con los indios de Tlascalala, donde hay un párrafo que dice:

«Empeñóse demasiado en la escaramuza Pedro de Morón, que iba en una yegua muy reuelta y de grande velocidad, al tiempo que unos tlascaltecas principales, que se convocaron para esta facción, viéndole solo, cerraron con él, y haciendo presa en la misma lanza y en el brazo de la rienda, dieron tantas heridas á la yegua que cayó *muerta* y en un instante le cortaron la cabeza...»

—¡Pobre Pedro de Morón!—dije yo para mi, bien condolido del temprano fin de aquel va-

liente, sin que me ocurriese ni la menor duda de que él era el decapitado.

Porque, aun cuando la yegua estaba más próxima en la oración, el jinete era lo más importante; y porque parecía despropósito cortar la cabeza á la yegua después de muerta; y principalmente, porque siendo la yegua del género femenino, para referirse á la yegua hubiera escrito el autor indudablemente *la* cortaron la cabeza. Acostumbrado yo á hablar castizamente nuestra lengua en León y en Castilla, donde siempre se dice en el dativo femenino LA, y acostumbrado igualmente á leer autores castizos que siempre ó casi siempre escribieron *la* en el dativo femenino, jamás pudo ocurrírseme que *le* cortaron se refiriese á la yegua...

Volví á posar la vista en el libro y vi que seguía: «Dicen que de una cuchillada...» Y este pormenor me hubiera todavía confirmado en mi manera de entender si lo necesitara; pues, aunque uno y otro sea difícil, lo es mucho más cortar de una sola cuchillada el pescuezo de una yegua que el de un hombre.

Quedé, pues, en la idea triste de que Pedro de Morón había sido degollado, hasta que continuando la lectura me encontré con estos renglones:

«Pedro de Morón recibió algunas heridas ligeras y le hicieron prisionero; pero fué socorrido brevemente de otros caballos, que, con

muerte de algunos indios, consiguieron su libertad». Y un poco más adelante leí que los tlascaltecas en su retirada, que quisieron hacer pasar por victoria, llevaban por trofeo espetada en la punta de una lanza la cabeza de la yegua.

Afortunadamente, contra lo que aparecía del relato impreso, la yegua había sido la degollada por los indios idólatras, y no el guerrero español y cristiano, de lo cual excuso decir que me alegré mucho.

Pero al mismo tiempo no dejé de darme tristeza el que un escritor como Solís, exquisito prosista, el mejor entre los de su tiempo, se hubiera expresado con semejante anfibología, ó peor que con anfibología, con verdadero contrasentido. No acertaba á creer que autor tan esmerado y pulcro pudiera haber escrito «*le* cortaron la cabeza» tratando de una yegua, y di en sospechar que el *le* fuera errata, ó más bien que errata, *corrección* de impresor ignorante y presumido: así me lo hizo tener casi por seguro el haber encontrado luego en el mismo libro varias veces *la* en dativo femenino; y así debió de ser en efecto, porque en otra edición más antigua, hecha en Madrid en la imprenta de Blas Román, en 1776, se lee «*la* cortaron la cabeza».

Hay que desconfiar por eso de las ediciones de Valencia y Barcelona, y aun de todas las ediciones modernas de los clásicos, pues un

corrector de pruebas algo pedante, con la moderna gramática de la Academia en la mano, le enmienda la plana y le planta un *le* al más enemigo de esa tontería.

Fuera de algunos correctores y de las religiosas extranjeras dedicadas á la enseñanza, que no saben más castellano que el menguado que aprenden por los libros de la Academia, repito que por acá nadie cuida de sujetarse á las prescripciones de ésta más que los académicos, y no todos.

Uno de los avezados á observarlas publicó en *La Ilustración Española*, poco después de establecida la nueva regla, unos versos escritos en un abanico, donde comenzaba el vate diciendo al chisme:

«Cuando refresques el rostro
De Dolores, no *le* digas...»

¿A Dolores, ó al rostro?...

Porque dentro de la ficción poética que supone al abanico capaz de decir algo, lo mismo cabe que se lo diga al rostro, que á Dolores. Y si en castiza sintaxis castellana no podría haber duda de que el «no *le* digas» se refería al rostro, pues para referirlo á Dolores se hubiera puesto «no *la* digas», con la nueva sintaxis académica puede referirse á Dolores lo mismo que al rostro, y la anfibología es patente. Como que á Dolores y no al rostro que-

ría el vate académico que no dijera ciertas cosas el abanico; pero esto no se averigua hasta después, por el contexto, cinco ó seis versos más abajo.

¿Qué mal se habría seguido de que el vate académico hubiera escrito «no *la* digas?» Ninguno, sino al contrario, el bien de que todo el mundo le hubiera entendido fácilmente.

Pues hace poco, un periódico de Madrid, de los que á sí mismos se llaman *buena prensa*, aunque dejan bastante que desear, decía lo siguiente:

«Luego se fué á Italia (la escritora que firma *Colombine*) y en Roma consiguió una audiencia del Papa Pío X, lo cual *le* sirvió...»

Ustedes creen desde luego que este *le* se refiere al Papa, ¿verdad? También lo creí yo; pero ustedes y yo nos equivocamos. Ese *le*, quiere el periódico que se refiera á la escritora, pues dice que «*le* sirvió para enviar al *Heraldo* ó á *El País*, no recordamos bien, una crónica escandalosamente burlesca...», etcétera, etc.; lo cual ya se ve que no pudo haberlo el Papa.

Si el enacademicado periódico hubiera dicho: «lo cual *la* sirvió, ¿no lo hubiera entendido en seguida todo lector, sin un momento de duda?»

Un crítico de arte decía poco hace en otro periódico:

«El Presidente de la Comisión de Monumentos logró que *le* fuera entregado el ruinoso edificio.»

Aquí todo lector cree que el *le* se refiere al Presidente, y que al Presidente fué el ruinoso edificio entregado; pero después se llega á saber, no sin sorpresa, que no fué al Presidente, sino á la Comisión, á quien se entregó el edificio ruinoso.

Si el autor hubiera escrito «que *la* fuera entregado» ¿le habría ocurrido á nadie la menor duda de lo sucedido?

En las noticias de crímenes decía un periódico anteayer lo siguiente:

«Disgustos que surgieron entre los amantes, por el carácter veleidoso de Manuela, precipitaron la separación de Torrenciano. Mas ayer la encontró en la calle, y con lágrimas en los ojos *le* pidió que reanudaran las relaciones.»

Algún lector, de la menguada orden de observantes... de la sintaxis académica, podrá dudar aquí quién pidió; pero el que no dude creará que quien *le* pidió fué Manuela á Torrenciano, porque dice *le*, porque Manuela era veleidosa, porque *le* pidió con lágrimas, que son más fáciles en una mujer, y porque él era el que se había separado...

Y sin embargo, un poco más abajo se llega á saber que quien *le* pidió volver á las relaciones fué Torrenciano á Manuela.

Si hubiera escrito el noticiero «*la* pidió», ¿cabría duda ninguna?

En la reseña de un juicio oral leí hace pocos años:

«... su esposa le había amenazado de muerte, llegando á seguirsele causa...»

Otro *le* que es anfibológico y necio.

Esto que sigue es de *Blanco y Negro*:

«La muchacha... se plantó de cuatro saltos fuera de la casa, dándose á correr por el campo. Como su perseguidor la alcanzaba, ella gritó llamando á Santiago, que no debía estar lejos. Aquel desalmado *le* tapó la boca con un pañuelo.»

Parece que es á Santiago, pero luego se ve que es á la muchacha.

Si hubiera dicho *la* tapó ¿habría lugar á duda?

En el *Quijote* de Avellaneda, cuya primera impresión se hizo en Tarragona, no siendo de extrañar por tanto que haya en ella muchos *les* femeninos, que probablemente no escribiría el autor, se lee lo que sigue:

«... Y el ser él tan principal y gentil hombre, y conocido suyo desde niño, ayudó á que

el Demonio (que lo que á las mujeres se dice una vez, se lo dice á solas él diez) tuviese bastante leña con ello para encender, como encendió, el lascivo fuego con que comenzó á abrasarse el casto corazón de la descuidada Priora; y fué tan cruel el incendio, que pasó con él la noche con la misma inquietud que la pasó D. Gregorio; imaginando siempre en la traza que tendría para declararle su amoroso intento.» (Cap. XVII).

Aquí, dentro de la nueva sintaxis académica, no se puede saber este «declararle» á quién se refiere: no se sabe si es la Priora la que imagina la traza de declararle su amoroso intento á D. Gregorio, ó si es D. Gregorio el que imagina la traza de declararle su amoroso intento á la Priora. Porque después de decir que la Priora, que es quien viene rigiendo el período, «pasó la noche con la misma inquietud que la pasó D. Gregorio», ya el *imaginando*, que sigue después de la coma, lo mismo puede referirse á D. Gregorio que á la Priora, y lo mismo á la Priora que á D. Gregorio; lo mismo puede ser la Priora quién imaginaba la traza de declararle á D. Gregorio su amoroso intento, que D. Gregorio quién imaginaba la traza de declararle su amoroso intento á la Priora.

Conforme á la antigua y racional sintaxis castellana, la cosa no tiene duda: es la Priora la que imaginaba la traza que tendría para

declararle su amoroso intento á D. Gregorio, pues de ser al revés se habría dicho declarar*la*.

Pero conforme á la nueva é irracional sintaxis académica no se sabe quién á quién imaginaba declarar*le*. La duda es inevitable: la incertidumbre es absoluta.

Y el texto sigue:

«Venida la mañana, bajó luego con este cuidado al torno (por donde se ve que sigue hablando de la Priora), y llamando una confidente mandadera *le* dijo:—Id luego á casa del Sr. D. Gregorio, primo de doña Catalina, y decidle de mi parte que le beso las manos y que le suplico me haga la merced de llegarse acá esta tarde...»

Seguimos sin saber quién de los dos imaginaba la traza de declarar*le* al otro su amoroso intento. Las apariencias van indicando que fuera la Priora á D. Gregorio, y entonces el *le* estaría bien puesto; pero como lo usual y corriente es que el hombre declare su amoroso intento á la mujer y, como, por otra parte, el libro está empedrado de *les* femeninos y masculinos, no hay medio de saber á qué clase pertenece el de que se trata, persiste la duda irresoluble, y nos quedamos en la incertidumbre más completa de si fué D. Gregorio ó fué la Priora quien pasó la noche imaginando la traza...

Y la incertidumbre es perpetua. Porque de la entrevista proyectada para la tarde y cele-

brada á su tiempo, tampoco aparece cuál de los dos imaginaba la traza para declararle al otro su amoroso intento.»

¿Qué sintaxis es esta con la cual no es posible saber lo que quiso decir un autor (caso de que él escribiera así), ó lo que quiere decir después que algún impresor ignorante se ha encargado de reproducir su escrito?

Con la antigua sintaxis castellana jamás pudo haber estas incertidumbres. Diciendo siempre *la* para referirse á persona ó cosa del género femenino eran imposibles tales dudas.

¿Qué daños había, qué daños hay en seguir usando esta sintaxis?

En una edición nueva del *Ejercicio de Perfección* del P. Alonso Rodríguez, que fue modelo de claridad, encuentro lo siguiente:

«De la Santa Virgen Gertrudis se lee que se la apareció una vez Cristo Nuestro Redentor, que en su mano derecha llevaba la salud y en la siniestra la enfermedad, y *le* dijo:...»

Tampoco aquí se sabe quién á quién, ateniéndose á la sintaxis nueva.

Y de estos ejemplos pueden citarse miles.

III

Las barbaridades.

Aparte de las anfibologías que necesariamente trae consigo la estricta observancia del precepto de sustituir en dativo con *le* el nombre femenino, lo mismo que el masculino, produce aquel precepto absurdo otro mal todavía más grave. Y es que las gentes de poco discernimiento natural y de poca instrucción, aquellas gentes cuyos alcances gramaticales no llegan hasta distinguir bien los casos, por huir inconscientemente del *la* prohibido, ponen *le* hasta en los acusativos femeninos, lo cual es una barbaridad indisculpable.

En ella incurre una pobre aficionada á escribir (á quien los periódicos mestizos desvanecen con sus irracionales elogios), cuando habla de las mujeres obreras, y dice:

«Porque es tal la miseria que *les* rodea.»

Efectivamente, este *les* es una barbaridad sin disculpa.

La Academia no la manda cometer, pero es la responsable principal, porque con su precepto ha puesto á los ignorantes jabón en la pasarela para que se resbalen y se caigan.

En la misma barbaridad incurre también un periódico de Navarra al decir, hablando de un juego de pelota:

«La Empresa, con un desprendimiento que *le* honra y *le* enaltece...»

Estos dos *les*, que son acusativos femeninos, son otros dos ejemplares de la barbaridad susodicha.

En la hoja literaria de un periódico que suele estar bien escrito, se leía el 8 de Junio de 1908, en un cuento:

«Entonces las mozas asaltan el bote grande que *les* ha de conducir al mismo sitio.»

Claro que este *les*, acusativo femenino, es una barbaridad como las anteriores.

En el *Pleito del matrimonio*, en que colaboraron muchísimos poetas, entre buenos, malos y peores, se leen estos versos:

«En el teatro *le* hallé,
Al salir me declararé...
Nos entendimos los dos
Y con *ella* me casé.»

Claro es también que este «*le* hallé» á «*ella*» es otra barbaridad muy grande.

En un almanaque *literario* recuerdo haber leído unos versos en que se dice de una vieja principiante que vió su primera arruga mirándose al espejo:

«Y como lo que acababa
De ver no *le* satisface,
La mano al rostro llevaba...»

También este *le* es otra barbaridad enorme.

De un artículo de política internacional, publicado en un periódico muy leído:

«Francia lo sabe por experiencia, y no se lo recordamos aquí para molestar*le*».

También este *le* es barbaridad á todas luces.

En el epígrafe de una noticia de crónica callejera ¡en el epígrafe! y en un periódico grande:

«Á ESTA MUJER NO SE **le** PEGA»

Y este *le*-barbaridad se vuelve á repetir en el fondo del suelto:

«—Delante de mí no se *le* pega — dijo indignado el amigo, que vió al amante sacudir á su amiga una sonora bofetada.»

Tan sonora la merecía por su repetida barbaridad el autor del suelto.

De una *información política*:

«... en vez de poner (el señor Silvela) un desdeñoso visto bueno á la comunicación de

la Junta central, hubo de contestarle con relativa mesura.»

Otra barbaridad es este contestarle como las que anteceden.

Un vecino de Columela firmaba hace unos años esto que sigue en *Blanco y Negro*:

«Antes de pintar el día salen los rebaños á pastar ordinariamente; pero el día del esquila las reses quedan sujetas á una prudente *vigilia*, y si se les saca del corral...»

¡Ah, bárbaro! ¿Conque á las reses se les saca del corral?

Advierto que el bárbaro puede no ser el firmante, sino el cajista.

También es de *Blanco y Negro* la siguiente; pero no está firmada por un vecino de Columela, sino por un cronista con muchas presunciones:

«... iba enamorándose la madrileña. Su instinto la hacía recrearse en el atavío coquetón del húsar, en los arreos y cordones, en las sedosas pieles del dolmán... todo ello le atraía como el vidrio á un salvaje.»

O como el le-barbaridad á un aspirante á académico.

Y allá va otra de una crónica judicial, de una de las preguntas del veredicto:

«La procesada, al realizar el hecho de que se *le* acusa...»

Otra barbaridad patente.

Y esta que sigue...

¿Será verdad?...

Contaron un día los periódicos en sus crónicas criminales que en un juicio oral preguntaba el Fiscal á una testigo:

«—¿*Le* pegaba el procesado á *la* Celedonia?...»

¡Qué bárbaro!... ¿Pero será verdad que un fiscal dijo eso?...

La verdad es que habiendo fiscales que piden para el acusado *doce años y un día de reclusión temporal...* como si *doce años de reclusión* pudieran ser de reclusión perpetua... bien se puede creer que alguno dijera esa barbaridad de *le* pegaba á la Celedonia ó que *le* pegara él de ese modo á la gramática.

En idéntica barbaridad incurrió el americano Andrés Bello en unos versos muy prosaicos á su hija, en donde la pregunta:

«¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueran una á una... etc.»

Y se contesta él mismo, diciendo:

«Sí, *le* perdonarás...»

Le que es acusativo femenino de la oración «tú perdonarás á mi estrella», y barbaridad por consiguiente.

Siendo de advertir que este D. Andrés Bello
¡se atrevió á escribir una gramática!
¡Y hay quien la recomienda!

En igual barbaridad cayó también la misma Academia poco después de promulgar la nueva ley, pues en el prólogo de la edición duodécima de su Diccionario dice que á ella, á la Academia, «no *le* sorprenderá la censura».

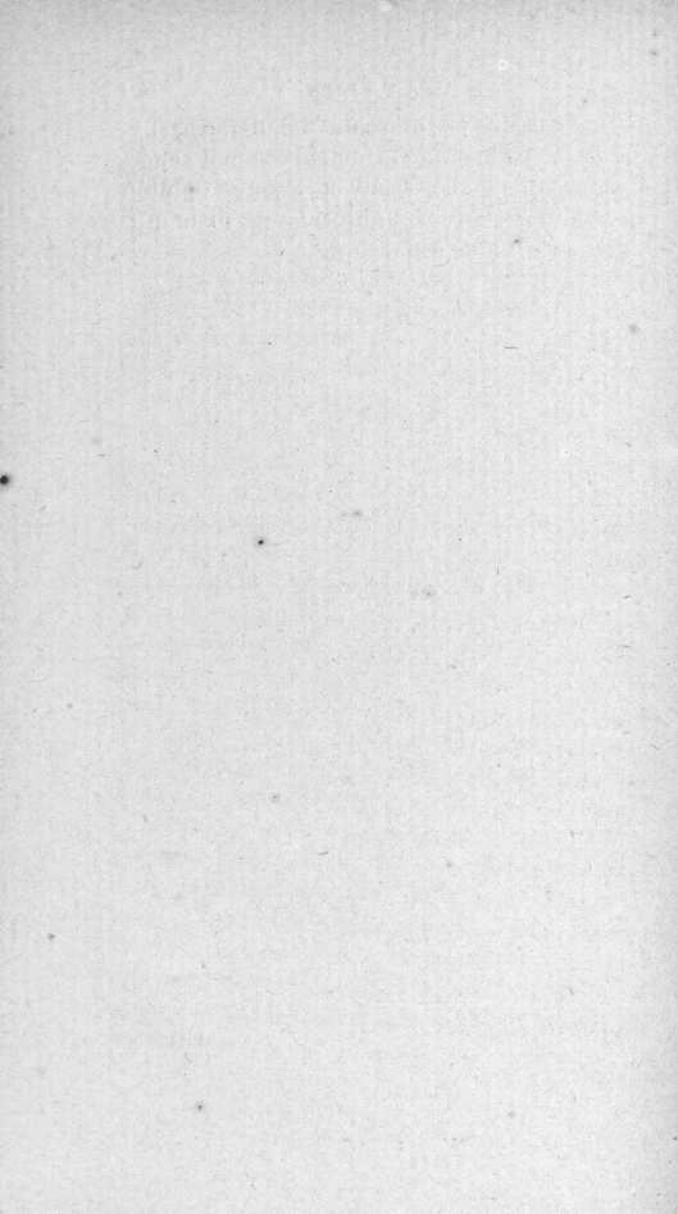
Barbaridad muy gorda, porque la Academia, en esta oración primera de activa, «la censura no sorprenderá á la Academia», está en acusativo y no en dativo.

Y si en tan fea confusión pudo caer una persona tan culta como el Sr. Tamayo y Baus, autor, según luego se supo, del prólogo mencionado, figúrese el lector con cuán desconsoladora frecuencia caerán en ella los escritor-zuelos ignaros, que quieren seguir á la Academia, en venganza de que á ellos no les sigue el público, y las religiosas extranjeras que se dedican entre nosotros á la enseñanza, y, por supuesto, sus discípulas.

En unas noveluchas de un Sr. Polo y Peyrolón, catedrático de Instituto, recuerdo haber leído hace muchos años cosas así: Fulana lavaba y Mengana *le* ayudaba. Y no hay apenas señorita educada en el *Sagrado Corazón* que no salga diciendo que á su amiga Pepita *le* quiere mucho, y que á la Madre Laserre no *le* conoce.

De todos estos *les*, que son verdaderas barbaridades, tiene la culpa principal ese mal acuerdo académico de convertir en ley una opinión que, como probaré con autoridades, dista mucho de ser *la más autorizada*.





IV

Autoridades contra la Academia.

«No faltan autores de nota—dice modestamente la Academia—que usan en dativo las formas *la* y *las* idénticas á las de acusativo...»

¡Claro que no faltan!... Si la Academia no pasara de ahí, si no dijera más que eso y no añadiera la majadería de que ese ejemplo no debe imitarse, tendría razón la Academia siquiera una vez en la vida, por muy extraño que pareciera el caso. Porque es verdad que no faltan autores de nota que usan en dativo las formas *la* y *las*... ¡Yo lo creo que no faltan!... ¿Qué han de faltar?... Lo que falta es autor que no las use...

Y como entre amigos con verlo basta... váyanlo ustedes viendo:

«Y *la* quitan (al alma) la soledad y el recogimiento.»

SAN JUAN DE LA CRUZ.

«No creo que será malo, pues como dice, no hay allá quien *la* diga nada que se lo diga yo de acá...»

SANTA TERESA DE JESÚS.

«Muy bien *la* perdonaría la alabanza...»

«Ahora están temblando lo que *las* han de escribir...»

«Pidieron las librase de aquel trabajo por la inquietud que *las* causaba en la oración...»

La misma SANTA.

«Un fraile que vino á absolver á las monjas, *las* ha hecho tantas molestias...»

La misma SANTA TERESA

(en una carta al Rey, que es de creer *la* escribiera con especial cuidado.)

«El entrañable amor que *la* tengo y el deseo de su bien... me despiertan para que *la* encienda alguna luz...»

«En esta jornada que tiene v. m. comenzada *la* enseñaré lo que he aprendido en las Sagradas letras...»

«Y no dudo que habla el Espíritu Santo en ella... y que *la* regía la pluma y la mano...»

«Los dones que Dios en ella puso y las mercedes que *la* hizo en sus postreros años...»

FRAY LUIS DE LEÓN.

«No temas, *la* decía, ...»

FRAY LUIS DE LEÓN.

«Gigantes he vencido y follones y malandri-
nes *la* he enviado...»

«Tanto es el amor que *la* tienen» (á España).

«La estuvo mirando D. Quijote sin respon-
der*la* palabra.

«Pues llegó D. Gaiferos, ase de ella y mal de
su agrado *la* hace bajar al suelo, y luego de un
brinco *la* pone sobre las ancas de su caballo á
horcajadas y *la* manda que se tenga fuerte-
mente».

«Y las espaldas *la* hacían mirar al suelo más
de lo que ella quisiera.»

MIGUEL DE CERVANTES.

«Las yerbas su virtud *la* presentaban.»

(á la poesía.)

MIGUEL DE CERVANTES.

«Pidió que, pues no se había despedido de su
hijo, *la* dejaran ahora llegar á él.»

FRAY LUIS DE GRANADA.

«Y otros dicen que es como quien lleva una
nave bien calafateada y *la* da un barreno...»

P. ALONSO RODRÍGUEZ.

«...y viéndola él se levantó... y pidiéndola
saluz, y suplicándola emplease la cumplida de
que gozaba...»

«...que volveré á traer*la* la respuesta...»

«Don Gregorio que *la* estaba aguardando...»

ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA.

(Segnnda parte del *Quijote*.)

«De la pobreza el valor
no es tenerla quien le pese,
sino aquél tenerla amor
como si riqueza fuese.»

«Aun era la tierra poco
y *la* añadimos la mar...»

«Otros dicen que la hicieron
los godos, y que *la* dieron
la antigua forma...»

«Allí en muriendo las cierro
sin darlas mejor entierro...»

«Búscala, riñela y *dala*
pena que á la ofensa *iguale*...»

LOPE DE VEGA.

(*Isidro.*)

(Es de notar, en este último ejemplo, que si Lope hubiera dicho *dale*, como quiere la Academia, hubiera podido decir en el verso siguiente *iguale*, que era más propio, pues la oración pedía subjuntivo; pero consintió en tener que acudir á la licencia poética de emplear un tiempo por otro (el presente de indicativo por el de subjuntivo), con tal de no poner *le* en dativo femenino. ¡Si le repugnaría la forma que ahora quiere hacer obligatoria la Academia!)

«Nace el ave, y con las galas
que *la* dan belleza suma...

CALDERÓN DE LA BARCA.

«Y entre su sangre teñido,
la daba muerte naciendo...»

—
«*La* dará, como sea noble,
con que á ser su esposa llegue,
riquezas...»

CALDERÓN DE LA BARCA.

—
«A una mujer forastera
los hijos del vidriado
no *la* dan, Lampuga, un gozque,
pudiendo dar*la* un alano...»

D. FRANCISCO DE QUEVEDO

—
«A las hermosas *las* daban
una higa mis abuelos...»

—
«Y se corrió como zorra
de que *la* dijese aguarda,
y no *la* dijese toma...»

—
«A todas esas señoras
bullidoras del hogar
las darás mis encomiendas,
que soy amigo de dar.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

«El padre *la* dijo su parecer de pe á pa, y

seco y sin llover mandola que se metiera en un convento...»

«Y el moño que *la* encorozaba de pelambre la cholla...»

«Si hubiera de mandar que *la* compren un capón...»

«Y si hubiera de mandar*la* (á la criada) que *la* tiña la greña de las canas, *la* dirá...»

«Por apaciguarlas empezó á dar*las* ripio...»

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

«Esta invasión terrible é importuna...

Dejémos*la* pasar...»

FRANCISCO DE RIOJA.

Pero Gil amaba á Menga...

Si botines le pedía,

la presentaba una cofia;

si guindas se *la* antojaban,

iba á buscar*la* algarrobas...

TIRSO DE MOLINA.

(Nótese la aspereza de los dos últimos versos, con sus conjunciones de *aes*, y mídase por ella la repugnancia de *Tirso* á decir *le* en un dativo femenino; pues claro está que si hubiera escrito «se *le* antojaban» y «á buscar*le* algarrobas», ambos versos hubieran ganado mucho.)

«Cuando por dar*las* el grano

(el gallo á las gallinas)

se lo quita de la boca.»

«Pullas *la* echo á cada paso...»
 «Y ayer cerniendo las granzas
la declaré mi capricho.»

—

«Llegué á cargar*la* el pollino.»

—

«Las manos *la* así y besé*las*.»
 «Que la mano *la* tomé...»

—

«En espíritu *las* bebe
 el alma y vida á las flores.»

—

«A las niñas de Alcorcón
las cantaba Paracuellos
estos versos.»

TIRSO DE MOLINA.

«... ¿Viste una breva en la cima
 de una higuera, y los muchachos,
 que en alcanzarla porfían,
 piedras *la* tiran á pares?...
 Con las piedras que *la* tiran
 viene á caer mas madura...
 Ella está tiesa y muy alta,
 tú sus pedradas *la* tiras...»

—

«No quise, aunque fuera airosa
 acción, dar*la* esa malicia...»

D. AGUSTÍN MORETO.

«Aunque pudiera librar estas almas...
para descubrir el amor que *las* tenía...»
... «haciéndolas el bien...»

«Luego llegó aquella ilustrísima compañía
á darla el parabién y á reconocerla por ma-
dre..., y dándola gracias por el trabajo...»

«...Descubriéndola grandes secretos
y diciéndola cómo estaría en el mundo....»

P. LUIS DE LA PUENTE.

«Y dice que *la* deben trigo y centeno...»

FR. ANDRÉS PÉREZ.

(*La pícaro Justina.*)

—

«...Y *la* comen gran pedazo.»

D. BERNARDO DE VALBUENA.

«...Y en señal de que era verdad *la* daba
aquella joya... y echóla al cuello un collar
de oro.»

«Acabada de vestir, *la* dijo la Madre de Dios
que *la* daba mucho gusto en servir al glorioso
San José.»

«Y con la cabeza *la* hacía señas de que fuese
á la iglesia...»

P. PEDRO RIVADENEIRA.

«Pero la Virgen esforzándola el Espíritu Di-
vino y acrecentándola las fuerzas...»

...«Este encuentro que tanto dolor *la* había
de costar...»

«Ni *la* sufrió el corazón dejar de ver aquella
obra de Dios...»

«... la parte... que á ella *la* cabía de esta rendición...»

«Dejándola el señor este regalo en pago de que de ella recibía...»

P. LUIS DE LA PALMA.

«Doña Urraca... determinó fortificarse en el castillo de León, sin embargo del odio grande que el pueblo *la* tenía...»

«Que la reina expresó lo mismo al abad cuando de parte del Papa *la* hizo saber que estuviese separada.»

P. JUAN DE MARIANA.

—
«Porque como consta de provincias tan distantes entre sí, peligrarían si el remo y la vela no *las* facilitasen los socorros y asistencias para su conservación...»

SAAVEDRA FAJARDO.

—
«Os fingis muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca, no clara,
La dais luego sentido maldiciente.»

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

«No tiene de ella más, si bien se mira,
Que el haber*la* costado su dinero.»

—
«Aunque el mismo amor *la* dé
sus flechas para rendir...»

«...A tus tiernas palomillas
El fuego peligroso *las* rehuses...»

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

«Celos *la* doy y finjo que el agrado...»

E. M. DE VILLEGAS (*el poeta.*)

«Oyéndola el hijo mayor *la* dijo en voz alta:
¿Qué clamáis?...»

«El Señor *la* restituyó el amor de su marido.»

P. VILLEGAS (*el biógrafo.*)

«...Fuiste con toda prisa á casa de tu prima Santa Isabel para comunicarla bienes celestiales.»

UN PADRE DOMINICO DEL SIGLO XVII.

(*Misterios del Rosario.*)

«Da la vida al alma, da *la* hermosura...»

«El *la* dijo que lo encomendase á Dios (lo que deseaba) y que rezase el himno de *Veni Creator Spiritus*, para que *la* diera luz de cuál era lo mejor...» «Hízolo así la Santa, y estando... en oración *la* vino un grande arrobamiento, en el cual *la* dijo Su Divina Majestad que...»

«...*La* mostró solas las manos; de allí á algunos días *la* descubrió aquel divino rostro, después *la* mostró toda su humanidad sacratísima...» «Vió una vez al Salvador... que *la*

mostraba la llaga de la mano izquierda... prometiéndola de hacerlo así...»

«Que *la* parecía Serafín...»

«Murió*se*la su madre... No tenía esperanza que su padre *la* daría licencia (para ser monja), por el grande amor que *la* tenía...»

P. JUAN E. NIEREMBERG.

«Empezó á condolerse de su esclavitud y á persuadirla que se apartase de aquellos extranjeros aborrecibles y se fuese á su casa, cuyo albergue *la* ofrecía como refugio de su libertad...»

«Díjola que convenía en todo caso que se fuese luego...»

«Y ella... con aquella discreción natural que *la* daba hechas las razones...»

D. ANTONIO DE SOLÍS.

«Si no es que mayor castigo mis desdichas *la* reservan.»

(A su audacia.)

EL CONDE DE REBOLLEDO.

«Comenzó á descubrirla los caminos de Dios (á D.^a Sancha Carrillo).»

P. MARTÍN DE ROA.

«Pareciéndola poco una corona.»

D. LUIS DE ULLOA, *Raquel*.

«...Las clavellinas,
Que estaban en embrión, ruegan al monje
Que por los pies la tierra *las* esponje.»

JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN.

«Conociendo esto, y movida del gran amor
que *las* tengo...»

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

«Y *la* hizo donación del monasterio...»
«Aunque otros *la* atribuyan mayor interven-
ción en el suceso.»

JUAN DE FERRERAS.

«También se llamó Jimena, pues una escri-
tura de Oviedo *la* da este nombre.»

«...En suposición de dar*la* este nombre los
privilegios...»

«Entró religiosa en vida de su padre, el cual
la edificó un insigne monasterio... junto al
palacio de León.»

«Sandoval *las* aplica los diezmos...»

«Salazar *las* da el infantado...»

«*La* sucedió una cosa bien notable...»

«El alcalde *la* entregó el tesoro...»

P. ENRIQUE FLÓREZ.

«A su vida sólo *la* faltaba la prueba de la
tentación...»

«...el cielo y la caridad *la* allanaron las di-
ficultades...»

«...que haga más justicia, ya que no quiera hacerla merced, á la nación española.»

«...se fué á quejar una mujer de que su marido *la* había vareado muy bien las costillas...»

«...no le puedo ponderar el dolor que *las* causa verle...»

«Padre nuestro, respondió Fr. Gerundio... sólo sé que la cláusula es retumbante, y que en sonando bien á los oídos no hay que pedir-la más.»

P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

«Mas ni en latín ni en romance se encontró nombre que darla.»

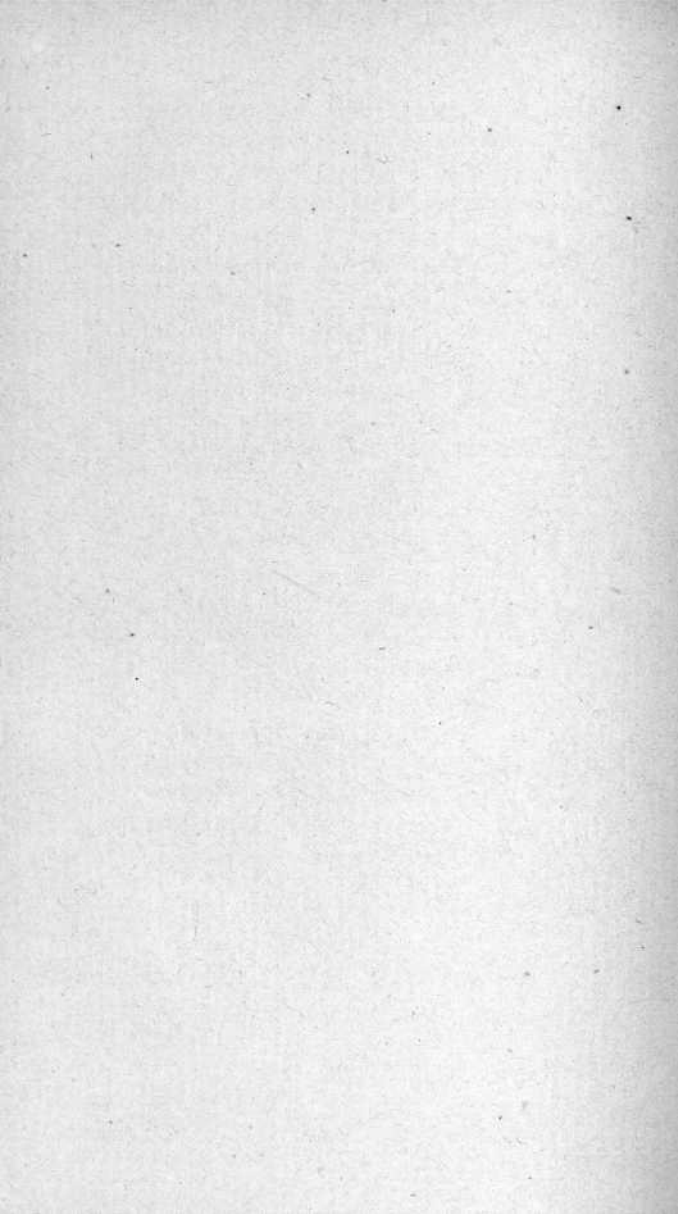
—
«Esta capa que me tapa,
tan pobre y raída está,
que sólo porque se vá
se *la* conoce que es *capa*.»

D. RAMÓN DE LA CRUZ.

* * *

¿Verdad que no faltan autores que usan en dativo las formas *la* y *las*?...

Pues todavía citaré otros tantos.



*Más autoridades contra la
Academia.*

Tras del P. Isla y D. Ramón de la Cruz, que pueden considerarse como los últimos clásicos, citaré ejemplos de los neoclásicos de fines del siglo XVIII y principios del XIX, y luego de los románticos y de los poetas y prosistas de la segunda mitad del siglo último, y aun si se quiere de los contemporáneos.

Sigan ustedes viendo:

«Por si *la* puede ablandar
el corazón de diamante.»
(A Zaida.)

—
«La fiera le acometía
y sin que el rejón *la* plante...»

—
«Con su señora se encara
y así *la* dice, y suspira...»

—

«Cuánto *la* cuesta cuidado...»

—

«Brama la fiera burlada...
y segunda vez *la* mete
sutil la punta acerada...»

—

«Esto en vano *la* dicen...»

—

«Tiernas canciones
la cantaré.»

—

«Apiádese mi bien: *díla* que muero...»

NICOLÁS F. MORATÍN.

—

«Hacer*la* con la pompa más honrosa
Unas grandes exequias funerales...»

—

«Pues si dándola paja, come paja,
Siempre que *la* dan grano, come grano...»

—

«Pero él *la* respondió: Señora mía...»

—

«El microscopio
luego *la* aplica...»

«Todo el suceso
las participa...»

«No hay que dudarlo,
no (*las* decía)...»

TOMÁS DE IRIARTE (1).

(1) En alguna edición moderna le han cambiado estos *las* en *les*.

«Pero fué tan dichoso
aquel feliz instante,
que *la* digo mil veces:
Filis, vuelve á olvidarme...»

JOSÉ CADALSO.

«Salve, decid *la* madre bienhechora...»

NICASIO A. CIENFUEGOS.

«Y con mil expresiones
de atención y respeto
la dijo: Doña hormiga...»

—

«Que alegre *la* ofrecía
inocentes ideas de contento...»

—

«Subió una mona á un nogal
y cogiendo una nuez verde
en la cáscara *la* muerde,
con que *la* supo muy mal...»

—

«Una oveja pasaba, y él *la* dice:
Amiga, ven acá...»

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

«... Jove...»

A Tais de su hermosura
la toleró hacer logro...»

J. IGLESIAS DE LA CASA.

«Y apenas el niño comenzó á pedir *la* pan...»

—

«Si *la* mandaran fingir...»

—

«¿No es decir*la* claramente:
Musa, dínos *la* verdad?»

—

«Pero al fin, sacudiéndose, otra prueba
la plugo hacer de sí...»

—

«... D*ila* que es nieve cuando más te irrite.»
«D*ila* que el alma, ajena de reposo...»

—

«... Cenón, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio...»

LEANDRO F. MORATIN. .

«¿Tendré yo acaso por libre á aquel á quien
manda una mujer y le prohíbe lo que *la* pa-
rece, que nada que le mande puede negarla,
que nada se atreve á rehusarla?...»

MANUEL DE VALBUENA

(Académico, autor del Diccionario latino.)

«Mil suspiros *la* ofreces...»

—

«Mas ésta, al frente de ellas,
el campo *las* abría...»

—

«Iba á exponer*la* humilde mi quebranto...»

JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

(Académico.)

Para dar á la poesía castellana el tono y el valor que *la* iban faltando...»

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(Académico.)

«Sólo mentarla toros la espirite...»

J. VARGAS PONCE.

(Académico.)

«Y de amor homenaje *la* ofrecía...»

JUAN NICASIO GALLEGO.

(Académico.)

«El venturoso día
que *la* juré mi amor...»

«...Sólo amor *la* ofrecí...»

«...El cabello
el talle *la* cubre airoso...»

«Cuando ya el agua de Cristo
la corría por el rostro...»

EL DUQUE DE FRIAS.

(Académico.)

«*La* dió una salvaguardia muy precaria...»

ALBERTO LISTA.

(Académico.)

«...Ni merece que se *la* conceda atención...»

JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

(Académico.)

«...El arreglo de la oficina para darla nueva forma...»

ANTONIO GIL Y ZÁRATE

(Académico.)

«De crímenes sedienta,
La prestaron su lava los volcanes...»

—

«Es la isla gaditana...
 Anchos campos de azul la mar tendida
La ofrece...»

EDUARDO ASQUERINO.

«Que otro mundo *la* pertenece...»
 «Y *la* enseñe la senda de sus destinos...»

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Académico.)

«Esta poderosa virtud *las* viene de que no
 son palabras racionalistas...»

«Corren las fuentes porque Dios *las* manda
 correr...»

JUAN DONOSO CORTÉS.

(Académico.)

«Júpiter, accediendo á sus deseos, *la* permiti-
 ó vivir libre y castamente...»

«Grecia y Roma *la* erigieron templos...»

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

(Académico.)

«Don Luis *la* devuelve un idolatrado paja-
 rillo que se había escapado de la jaula, *la* pro-
 cura una platea en el circo... y *la* gana, en fin,
 la voluntad...»

«Ventura de la Vega *la* dedicó lindos ver-
 sos...»

«...Y él, prendado de tantos atractivos, *la* dió su mano y su nombre...»

EL MARQUÉS DE MOLINS.
(Académico.)

«Gusta del *statu quo*,
y hacer*la* entrar en la norma...»

«¿Por qué *las* quitas la fama
si te arrastras á sus pies?»

M. BRETÓN DE LOS HERREROS.
(Académico.)

«Si *la* destrozan el alma...»

A. GARCIA GUTIÉRREZ.
(Académico.)

«Tú *la* ordenas juntarse y vivir...»

—

«Y en la tarde *la* mar olas *la* ofrece...»

—

«Y hubo vecino que *la* echó cincuenta...»
(años)

«Un pensamiento *la* ocurrió después...»

—

«Será imposible ya dar*la* la vida...»

—

«Mientras despierto *la* palpita el pecho...»

—

«Bebe su aroma, de su olor sediento,
y las hojas *la* arranca...»

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

«Y en memoria *la* dejaron
su carmín primaveral...»

—

«¿Qué te parece, Ginés?
cuatro millones *la* dan...»

—

«¿Y que *la* importan los sones...»

—

«Ni por más que tu amargura
en son de queja *las* cuentas...»

—

«Ante la imagen de hinojos
los sacros pies *la* besó;
y dejándola las llaves...»

—

«Dios *la* dió un corazón sencillo y bueno...»

—

«A las tierras vecinas dió pavura
El poder al mostrar*las* que tenía...»

JOSÉ ZORRILLA.

«Se hace sensible con las damiselãs y *las* lee
sus versos en tono lastimero, recordándolas la
buena amistad...»

JOSÉ ZORRILLA.

«Entréguela su cristiano,
el de la cruz colorada...»

G. ROMERO LARRAÑAGA.

«Con los que *la* ofrecen incienso...»

T. RODRIGUEZ RUBÍ.

(Académico.)

«Salustio y otros así, que son los que *la* cuelgan el dije (á Cleopatra)...»

«...Todos *la* daban el parabien...»

MODESTO DE LA FUENTE
(Fray Gerundio.)

«Quiere arrancar*la* el secreto...»

«Pero no *la* di asenso...»

F. NAVARRO VILLOSLADA.

«... no *la* dejan hacer su voluntad.»

GABINO TEJADO.
(Académico.)

«Y que *la* dijese las lisonjas que á la sazón *la* prodigaban otros...»

JAIME BALMES.

«¿Sabes quién era el joven ignorante
Que el brebaje *la* dió?...»

«...mostrar miedo,
Ante la plebe airada es dar*la* ánimo...»

CARLOS RUBIO.

«La mujer que quiere á dos,
no es tonta, que es advertida;
que si una luz se *la* apaga,
otra *la* queda encendida.»

CARLOS RUBIO.
(Copiando este cantar popular.)

«Recuerdo de un amante que, insolente,
La tiró, disputando, una botella.»

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.
(Académico.)

«La cual *la* recomendaba la mayor amabilidad...»

«Con palabras de grajea
sus deseos *la* declara.»

R. MESONERO ROMANOS.

(Académico.)

«Aquella sobreexcitación del entendimiento que *la* hacía producir cantos incomprensibles para Faon...»

—

«... fundar una academia y pagarlas (á sus amigas) en lecciones sus infamantes calumnias.»

«Safó *las* hace componer versos...»

—

«... el llanto que *la* arrancaba (á Santa Teresa) el sacrificio...»

—

«... la gracia de la fortaleza que Dios *la* había concedido...»

CAROLINA CORONADO.

«Y á unas miserias tan grandes,
¿*las* llamáis dichas humanas?»

—

«No *la* volvió ya á echar, desde aquel día,
Migas de pan revueltas con alpiste.»

RAMÓN DE CAMPOAMOR

(Académico.)

«Encontróse al nacer huérfana y sola,
 Pero mi hogar prestóla
 Blando regazo y cariñoso abrigo.»

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE
 (Académico.)

«Tomándola la mano que jabona
 Se la besa y la dice que es muy mona...»

NARCISO SERRA.

«Que es el milagro del valor cristiano
 Quien la presta vigor y fortaleza.»

«Y su expresión revela
 Que un dulce pensamiento
 La suavizó el momento
 Amargo de morir.»

LARMIG.

«...y á las naciones
 vendrá á romper el yugo
 que las echó tu mano...»

«Cual si besar la suya
 con sus ramas quisiesen
 y esencias regalarla...»

VENTURA RUIZ AGUILERA.

«Ingenuo, franco, sincero,
 rendido ante su beldad,
 la confieso que la quiero,
 y es verdad, mucha verdad...»

«Sin ir más lejos, ayer,
 la dije de esta manera...»

FAUSTO. L. VILLABRILLE.

«Este Gil Manrique y su mujer se hicieron familiares de la Orden de Calatrava, donándola varios bienes.»

«... otras especies que basta nombrar para darlas el lugar que *las* corresponde.»

ANGEL DE LOS RÍOS.

«Los estudiantes que han pasado las vacaciones en la aldea, llegan al lecho de su madre, y *la* dicen: «Me voy...»

PEDRO A. DE ALARCÓN.
(Académico.)

«Niñas, no arranquéis de su tallo las flores: no *las* hagáis sufrir...»

LUIS DE EGUILAZ.

«Y su aroma balsámico *la* presta.»

GUSTAVO A. BECQUER.

«...Y á una agraciada pollita
que en una ventana vió
—Adiós tocaya—*la* dijo,
con acento algo burlón...»

MANUEL DEL PALACIO.
(Académico.)

Con la mantilla terciada
estaba Juana Palomo
cuando el asistente Ponce
en ella clavó los ojos...

Y *la* dijo.—¿Sirvo de algo?
—Sí, señor, sirve de estorbo.

LUIS RIVERA.

¡Válgame Dios! estos hijos
la quitan á una *la* vida.»

—
«¡Si *la* dan á una más guerra
que Napoleón!...»

«... frita
la tienen á una *la* sangre.»
«¿Quiere usted que yo *la* dé
una buena medicina?...»

ANTONIO DE TRUEBA.

«Y si ves á Luisita con su mamá *dilas* que
hace dos días que estoy en cama...»

ANTONIO HURTADO.

«El buen Miró, D. Clemente,
un poema *la* compuso.»

—
«Y que dé cuanto *la* pidan...»

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

«Al salir de su gabinete *la* presentó el es-
tuche...»

«...brillo y adoraciones que el tiempo *la* iba
negando...»

«Centellearon sus ojos, y al estrechar*la* las
manos...»

«...con la burla más fina que pudo proporcionar*la* su deseo de vengarse...»

«...buscó á Isabel..., *la* soltó al oído un «vámonos de aquí» tan acentuado... tan exigente, que no *la* permitió ni el tiempo necesario para avisar á la marquesa...»

«—Isabel—*la* dijo, sentándose á su lado...»

«Pero la consideración de que la falsa amiga se expresaba así por *herirla* más impunemente *la* prestó los bríos que necesitaba...»

JOSÉ MARIA DE PEREDA,
Académico.

—
¿Verdad que no faltan autores que usen las formas *la* y *las* en dativo?...

Todavía más autoridades.

Confirmar ahora la legitimidad de las formas *la* y *las* en dativo con ejemplos de todos los escritores que actualmente gozan la estimación y el aplauso del público, sería cosa bien fácil, pero alargaría este ligero estudio extraordinariamente.

Me limitaré, pues, á citar sólo algunos textos de escritores de los más distinguidos, y algunos también de la parte anónima de los periódicos, como demostración esto último de que las referidas formas, anatematizadas neciamente por la Academia hace un tercio de siglo, tienen á su favor el voto popular, lo mismo que el de los grandes maestros; lo que quiere decir que, no solamente *no faltan autores de nota* que usan en dativo las formas *la* y *las*, sino que las usa todo el mundo.

Sigamos viéndolo:

«Isabel (la Católica) era muy mujer, aunque poseía un fuerza moral que *la* hizo superior á su sexo...»

«... su cultura permiti^ó*la* comentar á Cicerón.»

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER,
(*Mujeres de regia stirpe.*)

«Habiéndose quedado viuda (Doña María de Molina), sus méritos atrajéron*la* multitud de adoradores, príncipes..., etc.»

«Más tarde... *la* colmó de filiales solicitudes y volvió á dar*la* un puesto en su corazón.»

«... porque los valisoletanos *la* eran muy adictos.»

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER,
(*La misma obra.*)

«Ha sido un feliz pensamiento este de festejar las bodas de oro de Ricardo de la Vega, con la *seña Talía*. Al dar*la* este tratamiento comprimido...»

«A *la* infeliz no *la* gusta el vino...»

«Pero cuantos *la* amen y reverencien (al habla castellana) tienen mucho que estimar y no poco que aprender en los devotos cultos que *la* ofrece el autor...»

«Reniego de mi poder si no me sirve para poner puertas al campo y echar*las* *la* llave.»

MARIANO DE CÁVIA.

«Es que la Virgen, agradecida á la devoción que *la* tuvo aquel muchacho...»

«La insigne actriz de carácter ha hecho una lucida campaña, que debe animarla á persistir en el nuevo género...»

JOSÉ DE LA SERNA.

«Ahí está ya la masa que á juzgarme Viene con el derecho Que yo mismo *la* doy...»

SINESIO DELGADO.

«Se da toda la maña necesaria para indisponerse con la conciencia pública, negándola hoy lo que ha de concederla mañana.»

«Cuando se trata de inferirlas un agravio...»

JULIO BURELL.

«Por todo consuelo se *la* dice que no se puede hacer nada en su favor...»

«La comarca desheredada... se trueca en territorio fecundo con alientos y vitalidades que *la* permitirán brindar á otros hermanos con un trozo de patria...»

«Comunicándola energía...»

RAFAEL GASSET.

«—No es posible—*la* dijo friamente.»

EL MARQUÉS DE FICUEROA.

«No se *la* enseña nada nuevo diciéndola...»

SANTIAGO ALBA.

«Cuanto tiende á mermar*la* su legítima influencia en Marruecos...»

ALFREDO VICENTI.

«Tal es la situación, y nadie *la* concede mayor plazo...»

MANUEL TROYANO.

«Cuidará de no dar*la* disgustos...»

RAFAEL COMENGE.

«Aquella mujer hubiera preferido no salir de París, donde su ingenio y su carácter *la* daban seguro ascendiente...»

«Hemos pasado á la alcoba de Mme. Staël, donde campea el retrato que *la* hizo el célebre David...»

MANUEL BUENO.

«Y usted, marquesa, ¿cuánto piensa dar? —Yo nada, *la* dijo la marquesa.»

JULIO CAMBA.

«Y qué cosas *la* decía
á la Pepa el señor Blas.»

—

«*La* hice tomar un poco de bromuro.»

VITAL AZA.

«Con el fin de que *la* dieran vigor...»

JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA.

«Por no darla esperanzas que no se habían de realizar.»

J. FRANCO RODRÍGUEZ.

«... no era fácil hacerla comprender una cosa tan sencilla...»

RODRIGO SORIANO.

«Su esencia, lo que *las* da verdadero carácter huyó de nosotros hace tiempo.»

«La villa de Torrijos... de antiguo se llama Torrijos de los Olivares, que continúan dándole tono especial.»

FRANCISCO ALCÁNTARA.

«Por desgracia, yo solamente podía verla el rostro (á la niña Chole) aquellas raras veces que á mi le tornava.»

«... y él *la* besó la mano...»

«Lentamente volvióse á la pastora y *la* preguntó con desmayo: ¿pero tú estás cierta, rapaza?»

R. VALLE-INCLÁN.

«Tanta desventura *la* hizo enfermar» (á la Avellaneda.)

VICENTE ALMELA.

«Le suplicó que *la* permitiera retirarse...»

CARLOS GROIZARD.

«Él no perdía ocasión de darla buenos consejos.»

ALVARO LÓPEZ NÚÑEZ.

«A mi amiga Lola Fuentes
La escribí dos madrigales...»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

Sin hacerla fuerza, pero indicándola los
medios...»

A. ROYO VILANOVA.

«Su doncella la prepara un baño...»

«Si encontráis unas flores marchitas ren-
didlas el homenaje debido á las glorias... Y
después que las hayáis rendido el tributo...»

ANTONIO ZÓZAYA.

«Recientemente una joven acusada de in-
fanticidio recibió catorce cartas de otros tantos
caballeros proponiéndola el casamiento...»

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ.

(Her Ber.)

«No la bastó llorarle vivo...»

PEDRO DE RÉPIDE.

«La huérfana se tranquilizó... ¿Qué nueva
desventura podría reservarla la suerte?...»

Resonó en sus oídos una voz que la hizo es-
tremecerse.»

LUIS L. BALLESTEROS.

«Mientras el marido la levantaba el velo, el
chauffeur buscaba en el cabás... el frasco de
las sales... Destaparon otro de agua de olor y
la rociaron la cara.»

E. PARDO BAZÁN.

«Raimundo Madrazo *la* ofreció en nombre de Vanderbilt quinientos mil francos por el cuadro...

Madame Cassin titubeó un momento y consultó el caso... Triunfó el parecer de Dumas que *la* dijo:... Como esas sumas hay muchas en el mundo, y «Vicarías» de Fortuni no hay más que una.

RICARDO BLASCO.

«...todas vistiendo trajes que no *las* impiden ir desnudas.»

«Pero como el traje imperio *la* daba aspecto de pajarraco disecado, se le quitaban á cualquiera las ganas de decir*la* por ahí te pudras.»

LUIS BONAFoux.

«Su padre espiritual *la* mando que fuese por un camino...»

«Sin duelo el Conde *la* arrebató el niño.»

DOLORES GORTÁZAR.

«...la linda tiple de voz fácil, potente, afinadísima, que *la* ha permitido destacarse en su primera salida...»

EDUARDO MUÑOZ.

«A las olas de la playa
las cantaba mis penitas.»

FELIPE A. DE LA CÁMARA.

«... el estado de la Hacienda, siendo tanto lo que se *la* defrauda...»

JUAN DE ARAGÓN.

«La señora es virtuosa, pero la llevan á los Pirineos, *la* ponen cerca un chico... un poco sinvergüenza.

FÉLIX LORENZO.

«*Las* conté la historia del Códice de Ervigio... *Las* aconsejé remitieran los restos al archivo imperial...»

EUGENIO NOEL.

«El Estado *las* quitó las rentas (á las Universidades).»

«... el almirante D. Alonso Enríquez *la* hizo donación de una capilla.»

LEÓN CORRAL.

El orador (Sánchez Toca) declaró que, con este carácter de provisionalidad, la comisión ponente aceptaba la misión que se *la* había confiado, muy agradecida al honor altísimo que *la* hacía el vecindario de Madrid.»

MELCHOR CANTÍN.

«La tía *la* hizo dos ó tres preguntas...»

«Zacarías *la* había pedido relaciones...»

«Su tía... *la* entregó la administración de todo.»

«A Isabel *la* entró un temblor...»

«Un día que... *la* mandó dar cuerda al reló...»

RAFAEL LEYDA.

(en un cuento solo.)

* * *

¿Verdad que la Academia va haciendo próselitos?

De varios periódicos:

«La viuda *la* indicó que debía tomar un automóvil.

«La condesa se despidió de ella cariñosamente ante el juez y *la* entregó un hermoso ramo de violetas.»

«...y que no se *la* ocurra otra vez acusar á mis hijos...»

EL IMPARCIAL

(Asesinato del pintor Stenheil.)

«Tuvo resentimientos la peinadora y *la* dió una pelo arriba...»

EL LIBERAL.

«A la Diputación *la* quita (La Cierva) un hospital.»

EL PAÍS.

«Convencido el enamorado de la inutilidad de sus ruegos, sacó del bolsillo un revólver, y, apuntando sobre su novia, *la* disparó un tiro.»

EL CORREO ESPAÑOL.

«La compradora declaró en el acto que la rinconera no *la* convenía.»

EL UNIVERSO.

«La contestación del Ministro de Fomento



no satisfizo á la mayoría, y lo que peor impresión *la* produjo fué...»

EL GLOBO.

«Una joven, disgustada porque su Padre *la* prohibió salir de paseo...»

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

«Y *la* contestó el frutero

Con muchísimo salero:

—Buena amiga, va muy mal.»

EL DIARIO ESPAÑOL.

(2 Dbre. 1909.)

«Algunos periódicos franceses *la* hicieron coro.»

EL IMPARCIAL.

(18 de Enero de 1909.)

«A la niña María Teresa *la* deja mil pesetas, que *la* serán entregadas en metálico.»

HERALDO DE MADRID.

(1.º de Febrero 1909.)

«Porque no es posible que la nación española deje sin protesta estos agravios que se *la* dirigen.»

EL IMPARCIAL.

(1.º de Febrero 1909.)

«La primera en llegar fué una vieja, que encontró una estatua de Hermes sin ningún deterioro, por la que *la* pagaron tres mil quinientos duros una hora después del hallazgo...»

.....

(Se ha perdido la nota de procedencia de este recorte.)

«Al salir del Ayuntamiento las banderas, una compañía de infantería *las* rindió honores.

ESPAÑA NUEVA.

(3 de Mayo 1909.)

«Pero á una marina con barcos de verdad que puedan servir á la patria; no con esos barcos que ahora se *la* ofrecen.

EL DIARIO UNIVERSAL.

«La situación de la empresa era muy difícil, y la inexactitud de los cálculos, base de la concesión, no *la* permitía conocer el capital...»

MADRID CIENTÍFICO.

Y esto se podría continuar hasta lo infinito, pues cualquier día que se lean tres ó cuatro periódicos, en todos ellos se encuentran textos semejantes.

Pero con los citados basta y sobra para prueba de que las formas *la* y *las* en dativo están arraigadas en el uso popular. Así como los ejemplos de todos los escritores más conocidos de los cuatro siglos que lleva de existencia nuestro idioma después de su completa formación, prueban claramente que tiene razón la Academia cuando dice que *no faltan autores de nota* que usan en dativo las formas *la* y *las*...

Mas ahora lo extraño, lo estupendo, lo increíble, si no se tratara de la Academia, en

quien es creíble todo disparate; lo extraño, digo, y lo estupendo es que, tras de esa confesión vergonzante, pero bien fundamentada, como se ha visto, de que *no faltan* autores de nota que usan en dativo las formas *la* y *las* añada la Academia con esa imperturbabilidad propia de la ignorancia:

«Ejemplo es que no debe imitarse».

¿Por qué?

¿Por qué no se ha de imitar ese ejemplo, si sobre ser más justo y más racional el uso de *la* y *las* en dativo femenino que el de *le* y *les*, pues importa mucho más la no confusión de los géneros que la de los casos, tiene de su parte la autoridad de todos los buenos hablantes antiguos y modernos?

Advirtiendo que muchos de los citados, como Lope de Vega, Quevedo, Tirso, Moreto, Nieremberg, Solís, Flórez, Isla, Iriarte, Samaniego, los Moratines, Arriaza, el Duque de Frías, Donoso Cortés, Zorrilla, Espronceda, Villergas, etc., no es que usaran casualmente alguna vez *la* y *las* en dativo, sino que apenas usaron otra forma nunca.



Pero todavía no he concluído de citar autoridades contra la Academia: todavía hay otro *autor de nota*, aunque mala, que si bien es

cierto que por sí y en general no tiene tanta autoridad como el ínfimo de los citados, para el caso presente y contra la Academia tiene más autoridad que todos juntos.

Ese autor es... la misma Academia, que en el prólogo de su primer *Diccionario*, llamado de *Autoridades*, dice:

«Y sírvala de mérito (á la Academia).»

Y todavía, un poco más abajo, añade:

«Continuando después debajo de las reglas que *la* han parecido más adecuadas y convenientes...»

Así escribe la Academia.

Usando repetidamente *la* en dativo.

Y después de dar ese ejemplo ella misma, sale diciendo:

«Ejemplo es *que no debe imitarse*.

Ahora... ¡háganla ustedes caso!

VII

El le y el disparate.

Casi siempre van juntos.

Desde que la Academia, en hora aciaga, por supuesto, pues para ella todas lo son, se metió á legislar sobre el uso del *la* y del *le* en los dativos femeninos, apenas se tropieza en la lectura con un *le* que no sea un disparate.

La causa de esto es que la Academia legisló al revés, única manera como ella sabe hacer las cosas.

Antes la Academia dejaba, como ya he dicho, de libre elección el uso del *la* ó de *le*, poniendo en su gramática, en la declinación del pronombre, ambas formas:

«*Dativo* (singular), á ó para ella, *la, le.*»

«*Dativo* (plural). á ó para ellas, *las, les.*»

Esta libertad no era el ideal ciertamente. Lo mejor hubiera sido prescribir el uso de las formas *la* y *las* para los nombres femeninós lo mismo en dativo que en acusativo.

Pero en fin, con esta libertad, las personas ilustradas y concedoras del idioma usaban el *la* y el *las* en los dativos femeninos por convencimiento de que es lo más racional, ó por seguir la tradición de los buenos escritores castellanos; y la gente menos docta usaba también el *la* por instinto, tratándose de suplir un nombre femenino, sin conocer si era dativo ó acusativo, de lo cual no se seguía daño alguno.

Pero un día la Academia se acordó del segundo término de su presuntuoso lema *limpia*, FIJA, etc. y quiso cumplirle *fijando* el uso en este punto determinado... Y le fijó al revés, naturalmente. Pues en lugar de adoptar el *la* y proscribir el *le* que para los femeninos es irracional y ocasionado á anfibologías, adoptó el *le* y proscribió el *la*, suprimiendo en la declinación esta forma en singular y plural y poniendo la consabida nota de: «No faltan autores», etc., que concluye con aquella aureliánica tontería de: «Ejemplo es que no debe imitarse».

Y si se la pregunta por qué, la Academia no contesta, porque no sabe qué contestar, porque no tiene razón ninguna.

Bueno; pues ahora, después de este mal acuerdo de la Academia, los escritores doctos, y en general las personas ilustradas y de buen sentido, siguen escribiendo y diciendo *la* y *las* lo mismo que antes, sin hacer más caso de la

Academia que si no existiese. Pero la gente indocta, la que no sabe cuándo es dativo ni cuándo es acusativo, pues no distingue los casos, y tampoco sabe que la Academia no tiene autoridad ni merece respeto ninguno; por huir de quebrantar la prohibición académica, dice y escribe siempre *le* y *les* aunque sea en acusativo femenino, lo cual es un enorme disparate.

Así, una señorita que acaba de salir del colegio, de uno de esos colegios de lujo dirigidos por monjas extranjeras, que no saben más castellano que el menguado que han podido aprender en los libros académicos; si la preguntan ustedes por otra colegiala ó por alguna de las religiosas, les contesta infaliblemente: «No, á esa Juanita no *le* conozco... Sí, á la Madre Clairac *le* quiero mucho...» Y así por este estilo seguirá diciendo barbaridades.

Lo mismo suelen hacer algunos revisteros de tribunales y no pocos escritores presumidos, aspirantes á plazas de académicos, que tampoco distinguen de colores ni de casos.

Recuerdo que cuando se andaba en busca de la criminal Cecilia Aznar, decía en un periódico un reportero catalán esto que sigue:

«No falta, en fin, quien imagina que la fugitiva entró por este punto en Francia para ir á unirse al Havre con los comisionistas que *le* habían aconsejado y dirigido.»

Le que, por supuesto, es un acusativo, y

por consiguiente un disparate como una loma.

Y después de traída la misma Cecilia á Madrid decía otro *cronista*:

El jefe de la estación no ha cobrado todavía las 511 pesetas importe del billete de Cecilia Aznar y los de los guardias que *le* acompañaron á Madrid.»

Le que es otro disparate grandísimo.

Pero no son menores los siguientes que he leído poco hace en otro periódico, y no en la sección de noticias, sino en un artículo literario suscrito por un vascongado.

Refiere el autor, con más gracia, por cierto, que gramática, las aventuras de unas pobres mujeres que viajaban por país extranjero sin conocer la lengua, y primeramente hace á una de ellas hablar en esta forma:

«Y *le* llevan á una hasta París, *le* meten á una en el coche para llegar á Londres...»

Ya se ve que estos dos *les* son dos dispartes, porque son acusativos, y en acusativo, tratándose de una mujer, la misma Academia lo reconoce, hay que decir *la*... *la* llevan á una... *la* meten á una en el coche...»

Y no es que el autor escriba esos *les* anti-gramaticales entendiendo que lo son y tratando de acomodarse á la manera de hablar de una mujer zafia, no, sino que él mismo no distingue los casos, y cree esos *les* acomodados á la ley académica, pues cuando habla por su cuenta dice lo mismo.

«El cochero que tomaron (las dos mujeres) en la estación era un tonto que *les* entendió al revés, y *les* tuvo seis horas dando tumbos por unas calles que no se acababan.»

Claro está que los dos *les* de este párrafo son otras dos barbaridades, porque son acusativos, y el acusativo femenino es siempre *la* y *las*; de manera que para expresarse en castellano había que decir: «*las* entendió al revés y *las* tuvo seis horas... etc.»

También, cuando quiere contar que á aquellas mujeres las echaron de un café por dar gritos, dice que «*les* echaron á la calle», lo cual es otro disparate morrocotudo.

Y no crean ustedes que lo dicen así solamente las institutrices extranjeras y sus discípulas, algún noticiero incipiente y algún escritor que no aprendió de niño á hablar en nuestra lengua.

¡Quiá!... En esto de distinguir los casos, el calificativo de gente indocta, que usé antes, se extiende mucho más de lo que pudiera creerse.

Se extiende, por supuesto, á los académicos; lo cual nada tiene de maravilloso, porque ya es sabido que son lo más indocto que se conoce; se extiende, por lo regular, á toda la gente presuntuosa; y se extiende, á veces, á escritores de mérito que figuran en las primeras filas.

El ilustre y genial y fecundísimo Eusebio Blasco, mi inolvidable amigo, tras larga estancia en París, vino á Madrid por los años

de 1881 á 82, y dió en el Ateneo una conferencia sobre el periodismo y los periodistas, y una lectura de versos, que bien sabido es que los hacía muy fáciles y hermosos.

Algunos periódicos reproducían á la mañana siguiente parte de lo leído, y uno de los de más circulación publicaba entre otras esta estrofa:

«A comer en la fonda de Perona
con Luisa y Raquel,
para llevarles luego á ver los célebres
Amantes de Teruel.»

Recuerdo que censuré este *les*, que es un disparate, en la *sección iliteraria* de *El Siglo Futuro*, pero ni supe entonces ni ahora sé si era del periódico ó era del poeta.

Otro escritor, también amigo mío, de mucho ingenio y de mucha gracia, fallecido poco hace, el malogrado José de Roure, allá muy al principio de su vida literaria publicaba cuentos en *El Liberal*, y en uno de ellos se leía este párrafo:

«En su corazón ha muerto ya la mujer hermosa; sólo la madre queda, y ve á su hijo y no le puede llamar, besar, abrazar, morir por él; tiene miedo de que *le* desconozca, de que *le* rechace, de que *le* insulte, de que *le* desprecie, y llora y solloza...»

Todos estos cuatro *les* eran ilegítimos; cada uno de ellos constituía un disparate.

Llamé sobre ellos la atención de mi amigo, diciéndole que debía haber escrito: «tiene miedo de que *la* desconozca, de que *la* rechace, de que *la* insulte, de que *la* desprecie», y... resultó que así hablaba él y escribía hasta poco antes; pero se había enterado de que la Academia reprobaba el *la* en los dativos, y como él no distinguía bien los casos, había resuelto escribir siempre *le*.

En cambio, cuando se enteró de que todos aquellos *les* eran disparates, se resolvió á no volver á escribir un *le* femenino en toda su vida.

Otro escritor que ahora publica cuentos, escritos en buena prosa castiza y fácil, con la firma de Ramiro Blanco, tiene la desgracia de recordar el veto académico en cuanto le ocurre usar el pronombre; y como tiene también la de no distinguir los casos, escribe un *le* en acusativo femenino, es decir, escribe un disparate á cada triquite.

En un cuento muy ingenioso titulado *Bodas azules*, un estudiante á quien su padre dice que es preciso que se case con su prima, le contesta diciendo:

«Ni yo conozco á mi prima ni sé si *le* gustaré yo á ella», *le* que es un acusativo, y por consiguiente un disparate como una loma.

O como este otro del mismo autor en otro cuento titulado *Las alas de Icaro*: «A Regina *le* desasosegó el papel que tenía que represen-

tar»; *le* que es otro acusativo como el de antes, pues son dos oraciones primeras de activa, «yo gustaré á mi prima», «el papel desasosegó á Regina», y, por consiguiente, la prima y Regina son acusativos, que se sustituyen con *la* en toda tierra de castellano, y hasta en la Academia: «no sé si yo *la* gustaré», «*la* desasosegó el papel».

En libros ó en artículos, que en general están bien escritos, son doblemente deplorables estos yerros.

¿Por qué un escritor como este señor Blanco había de hacer caso de la Academia? ¿Será que quiera que Pidal, de quien sospecho que es paisano, le lleve con él á la asnería de la calle de Felipe IV? Gusto sería bien extravagante. Pero como los hay que requieren palos...

En varios periódicos apareció no ha mucho este telegrama de la Argentina:

«Buenos Aires, 21, (3-5 t.)

«La colonia española agradece profundamente los artículos de *El País* y *El Liberal*, en que se *le* defiende de injustos ataques.»

Este *le* es una barbaridad, porque siendo acusativo, debía decir: «se *la* defiende».

No es fácil saber si la barbaridad vino de Buenos Aires ó fue perpetrada en España.

En la hoja literaria de un periódico he leído poco hace un artículo firmado por José M. Sa-

laverria, donde se dice: «En una gran ciudad... cae un alma ambiciosa y, si la fortuna *le* guía, sube á la altura». Este *le* también es un disparate, porque es acusativo: hay que decir «*la* guía.»

En la misma hoja leí otro día un artículo firmado por Gabriel Miró, donde se leía:

—«La abuelita no lloró... no lloraba nunca.

—Lloraba, pero sin oírse*le*.»

Este *le* es otro disparate, como el precedente.

Ya he dicho que el calificativo de *gente indocta*, en esto de no distinguir los dativos de los acusativos, aun á los académicos de la lengua les coge también de arriba abajo.

Por eso, cuando se metieron á legislar sobre el empleo de las distintas formas del pronombre de tercera persona, y legislaron al revés, prohibiendo el uso del *la* y del *las* como dativos femeninos, luego vi yo que la tal prohibición había de ser para ellos mismos un tropezadero permanente, donde con frecuencia caerían de bruces.

Y así ha sucedido.

El primero que tropezó y cayó fué D. Manuel Tamayo, que era un gran armador de dramas, pero que en esto de distinguir en castellano un dativo de un acusativo estaba próximamente á la misma altura que una institutriz alemana, ó una colegiala del *Sagrado Corazón*, ó un redactor de noticias criminales.

El ilustre Secretario de la Academia hubo de escribir el prólogo de la duodécima edición del Diccionario, y le escribió muy mal, todo él en estilo revesado y cursi; pero lo más malo de todo fué que, cerca del fin, escribió, como ya dije, refiriéndose á la Academia: «No *le* sorprenderá, por tanto, la censura.»

¡Qué barbaridad!, exclamé yo cuando lo leí, sin poder contenerme, porque la cosa no era para menos. Pero el pobre D. Manuel, que, como autor dramático aplaudido, tenía su soberbia bien puesta, lo sintió muchísimo, y haciendo un corte en la cariñosa amistad que me profesaba, vivió enojado contra mí los últimos días de su vida.

Y sin embargo, la barbaridad era tan grande como si yo dijera ahora que «á D. Manuel Tamayo nunca *la* silbó el público» (1).

(1) Ha querido defender el disparate del Sr. Tamayo, allá en Méjico, un Sr. de la Peña, que, á imitación del famoso maestro Ciruela, si no puso escuela, publicó una gramática, que viene á ser lo mismo, sin saber leer, como quien dice.

Este Sr. Peña, que es el secretario de la sucursal que tiene la Academia Española en Méjico, viene á decir en sustancia que «ese *le* que, según *algunos gramáticos* que le han censurado, es *acusativo*, puede considerarse *dativo* por un *procedimiento analítico*, que consiste (¡atención! ¡atención!...) en suponer el verbo *sorprenderá* sustituido por *causará sorpresa*», ó lo que es lo mismo, en suponer que Tamayo no dijo lo que dijo, pues todo esto hace falta para defender que no dijo un disparate. ¿Verdad que tiene gracia el *procedimiento analítico* del bueno de Peña?

Por supuesto, que donde el autor de esa majadería dice *algunos gramáticos* se refiere sólo á mí, que fuí quien descubrí el desatino y le saqué á la vergüenza; pero sin duda por no incurrir en el

También tropezó D. Gaspar Núñez de Arce, que en uno de sus *Poemas cortos*, en un soneto, al que puso por título *Miniatura*, y debajo, entre paréntesis, «*Julieta y Romeo*», escribió estos dos versos:

«Con voz la dama entrecortada y queda
Retiene al dulce bien que *le* enamora.»

Ya ven ustedes que este *le* es otro acusativo, es decir, otra barbaridad, igual que el *le* de Tamayo, con la circunstancia agravante de que además es antieufónico; pues si hubiera dicho «*la* enamora», como correspondía gramaticalmente, quedaba también el verso más dulce.

Es de advertir que Núñez de Arce siempre había usado el *la* para el femenino, fuese acu-

desagrado de sus cofrades los académicos de acá, no me nombra, ni en ese pasaje en que lo pedía la honradez, ni en todo el libro, donde nombra á muchísima gente y cita como autoridad hasta al conde de la Viñaza (!).

En cambio, en la dedicatoria manuscrita que el Sr. Peña me puso en la primera hoja del ejemplar que se sirvió remitirme, no tuvo inconveniente en echarme una verdadera lluvia de flores, como quien dice: Aquí que no peço; aquí que no lo han de ver los de la Academia, bien puedo ser generoso. Pero se ha equivocado, porque lo verán, pues solamente por eso voy á copiar aquí sus adulaciones para castigar su doblez y para que los académicos vean que hace á dos caras.

Dice así la tal dedicatoria:

«Al Sr. D. Antonio de Valbuena, escritor correctísimo, sabio filólogo y profundo conocedor de la lengua castellana, en testimonio de justa admiración y singular estima, dedica este ejemplar.—*Rafael Angel de la Peña.*»

sativo ó dativo; pero me había yo reído de un «prestóLA... blando regazo», que puso en su hermoso *Idilio*, no porque no fuera perfectamente gramatical, sino porque era prosaico, y porque decía yo: si los mismos académicos no respetan la prohibición de escribir *la* en dativo ¿para quién la han puesto?

Y el pobre D. Gaspar, que, aunque era de Valladolid, tampoco sabía distinguir los casos, por huir de quebrantar la prohibición académica, escribió «*le* enamora», como una colegiala cualquiera: *le* enamora á Julieta. Que es tanta barbaridad como decir que á D. Gaspar *la* hicieron ministro.

Otro académico de campanillas ha tropezado también, como los anteriormente citados, en la propia barrera por ellos levantada contra el sentido común, y ha caído igualmente en la barbaridad de sus consortes; D. Juan Valera, ¿quién lo había de pensar?, el atildado y erudito D. Juan Valera, que ha tenido la bondad de escribir: «Cansada Constancia de que *le* admirasen...»

Este *le* de D. Juan es otro acusativo, es decir, otro desatino como los de Núñez de Arce y Tamayo, cometido por la misma causa.

Aunque es posible que á Valera le ayudase á caer la eufonía, el deseo de evitar la aliteración de «*la ad...mirasen*»; pero no hay eu-

fonía que valga para justificar disparate tan gordo.

Que lo es tanto como sería el decir: «Se murió D. Juan y *la* enterramos», ó bien: «Se murió D. Juan y *la* heredaron sus hijos.»

Porque es evidente: igual disparate y tanta barbaridad es decir á una mujer: «Yo *le* quiero á usted», como decir á un hombre «yo *la* quiero á usted»: es exactamente lo mismo.

Y nótese, por último, que estos tres académicos que, por huir del ficticio Caribdis por ellos mismos creado, dieron en el Escila real y verdadero de la barbaridad, estrellándose contra él, eran ciertamente de lo más granadito de la siembra.

Muchos llamaron á D. Juan Valera, en su tiempo, príncipe de la prosa castellana; no pocos, en el tercer cuadrante del siglo XIX, llamaron á D. Manuel Tamayo príncipe de la dramática española; y casi todos, en el cuadrante siguiente, tuvieron á D. Gaspar Núñez de Arce por el príncipe de la lírica.

Bueno, pues si estos tres ilustres académicos que, aunque no hayan sido príncipes, bien se les puede reconocer como duques, ó á lo menos como marqueses de la literatura, tropezaron en la innovación por ellos mismo sancionada y cayeron en la barbaridad bochornosa de decir *le* en acusativos femeninos ¿qué harán los pobres Comeleranes, los Cotarelos, los Catalinas, los viejos Pidales, los Fajarne-

ses y demás representantes allí del zurriburri literario?...

Bien se comprende lo que harán: donde tropezaron aquellos otros una vez, tropezar ellos ciento.

RESUMEN: Que á todos, aun á las personas doctas, sienta mejor decir *la* que *le* en los dativos femeninos, por ser más razonable y más conforme á la tradición castiza; y

Que las personas indoctas que no saben distinguir los casos, están más obligadas á decir y escribir siempre *la* en sustitución de nombres femeninos, para no decir barbaridades.

FIN

APÉNDICE 1.º

El LE y el LO.

El acusativo masculino del pronombre de tercera persona es LE; pero los andaluces y los americanos escriben *lo* en vez de LE, con torpe insistencia.

Y como semejante construcción es tosca y burda, con los americanos y andaluces coinciden los zafios y los palurdos de todas partes, los que dicen, v. gr.: *estógamo, drento, naide, probe y menistro*.

El uso culto de León y Castilla autoriza el *le* exclusivamente, dejando el *lo* para lo neutro, y los buenos escritores antiguos y modernos, con bien raras excepciones, han escrito siempre *le* en este caso, no solamente tratándose de personas, en cuya sustitución el *lo* es grosero y absurdo, sino aun tratándose de cosas.

Cervantes dijo en el *Coloquio de los perros*:
«Todo su intento es acuñar y guardar dine-

ro acuñado, y, para conseguirLE, trabajan y no comen.»

De Leandro Moratín es el texto que sigue:

«Y apenas el niño comenzó á pedirla pan, y ella á decirle que no *le* tenía...»

De Jacinto Benavente es este otro:

«Necesitados de dinero preferimos buscar*le* ocultamente, como si fuera un crimen buscar*le* á la luz.»

En ninguno de esos textos se trata de seres animados, ni siquiera de cantidad determinada de dinero y de pan; y precisamente por eso los he citado, para que se vea la uniformidad con que tres buenos escritores de tres épocas bien distintas, sustituyen con *le* el nombre masculino sin ser de persona, ni aun de cosa en cantidad definida.

Porque claro es que si, en vez de tratarse de *pan* y de *dinero* en general, se tratara de *un pan* y de *un duro*, el decir «buscarlo» ó «no lo tengo», era todavía más antigramatical y, si vale la frase, más inadmisibile.

Contra el *lo*, sustituyendo á persona, no hace falta citar autoridades: lo son todos los que escriben regularmente. Citaré, sin embargo, un solo texto muy significativo de Espronceda.

Por la verosimilitud de la narración, puso el gran poeta un *lo* masculino y personal en boca de la turba alborotada con la aparición del *loco* del *Diablo-Mundo*; pero inmediata-

mente, hablando por su cuenta, puso un *le* en sustitución de la misma persona.

Véanse los dos versos:

«Gritando ¡atarlo! bajan con presura;
Gran medida, mas falta quien *le* ate.»

A la plebe la deja decir «atarlo», con referencia á un hombre; pero él, enmendando la construcción plebeya, dice: «falta quien *le* ate». No puede darse lección más expresiva.

Pero, á pesar de ella y á pesar de todo, la buena de la Academia, tan valiente en la cuestión del *la* y el *le*, que, contra el uso popular y contra la autoridad y el ejemplo de los escritores de cuatro siglos, se atrevió á prohibir el *la*, confirmando el proverbio de que no hay cosa más atrevida que la ignorancia; en esto del *le* y el *lo*, con su ignorancia y todo, está dando muy patentes muestras de una cobardía inverosímil.

Reconoce que no se debe emplear en acusativo masculino el *lo*, pero no le prohíbe, sino que le conserva en su gramática en la declinación del pronombre, y se contenta con recomendar en el Diccionario tímidamente que, refiriéndose á personas, no se use.

Verdad es que con esta recomendación la sucede igual que con la prohibición del *la* en dativo, que nadie hace caso de ella, ni aun los académicos mismos.

Véanse, en prueba de ello, estos cinco *los*

que, no tratándose de cualquiera persona, sino de Dios, que es la persona por excelencia, escribió el académico Balart en una sola quintilla prosaica y afectada y cursi, como todos sus versos:

Ni tu ciencia analizarlo
Ni tus ojos pueden verlo,
Y en vano esperas hallarlo,
Si en de reverenciarlo
Te empeñas en comprenderlo.

¡Cualquiera cree que esto se refiere á Dios, si no se lo dicen!

Mayor incultura y más zafiedad mostraba todavía este académico que el pobre baturro que dice de un chiquillo travieso incorregible: «Si *lo* cojo, *lo* mato».

Aparte de ser basto y feo el *lo* en acusativo masculino, también da lugar á frecuentes anfibologías, de tan mal gusto algunas de ellas, que no se las puede mentar ni aun para reprobarlas.

APÉNDICE 2.º

El LE en plural.

Hace bastantes años leí, no recuerdo en qué periódico, unos artículos titulados *El Folkllore de Avila*, y encontré en ellos muchos desatinos.

Tantos y tan grandes que me pareció necesario escribir á mi vez otro artículo de rectificaciones y enmiendas, que, con el título de *Un cuarto á espadas*, se publicó en *El Imparcial* y está coleccionado en uno de mis tomos de *Agridulces*.

En aquellos artículos del *Folkllore de Avila* leí la primera vez un *le* en dativo de plural.

La criada del articulista, una *Francisca* muy imbécil, de quien él, según confesión propia, había aprendido las cosas que contaba de Ávila donde no había estado nunca, le había recitado una copla, que las niñas ya grandezuelas cantaban á los chicos del Instituto,

porque las estorbaban de jugar al corro; copla cuyo final se transcribía allí de esta manera:

«Con sus cigarros puros
 Vienen á presumir;
 Más vale que *le* dieran
 Un huevo y á dormir.»

No es menester decir que este *le* me pareció una barbaridad, un disparate.

Algún tiempo después me encontré con otro *le* igual en un cuento de doña Emilia Pardo, que se titulaba, si no recuerdo mal, *El amuleto*, y concluía con estas palabras:

«¿No quiere usted concederle nada á las casualidades?»

—¡También doña Emilia!—dije para mí al leer este *le*, que, naturalmente, me pareció lo mismo que el otro.

Después he visto alguna otra vez el mismo *le*, y aun he oído que hay quien *le* defiende, citando neciamente la autoridad de Cervantes.

Es verdad que en el *Quijote* (P. 1.^a, c. VIII) hay un *le* semejante; pero es un descuido ó una errata, que nadie ha cuidado de corregir.

No ya en dativo masculino, sino en acusativo femenino de plural apareció un *le* en las dos primeras ediciones del *Quijote* (P. 1.^a, c. XI): «sin temor que *le* menoscabasen (á las doncellas)»; *le* bárbaro y disparateado, que fué trocado en *las*, con mucha razón, en la edición tercera y en las siguientes.

En el mismo cap. XI, apareció en la primera edición otra errata estupenda. Había escrito Cervantes indudablemente: «Porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala».

Y apareció impreso: «Porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que *del ama, se decir*, que todas las cosas iguala».

Esta errata y la anterior han sido corregidas; pero quedan todavía sin corregir otras muchas que la ignorancia de los académicos expone en su Diccionario, como palabras ó frases legítimas, á la veneración de los insensatos que creen en la Academia.

PROTESTA

Si algo hubiere en este libro contra la fe católica ó las buenas costumbres, téngase por no escrito.

EL AUTOR.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.—La innovación.....	5
II.—Las anfibologías.....	13
III.—Las barbaridades.....	23
IV.—Autoridades contra la Academia.....	31
V.—Más autoridades.....	45
VI.—Todavía más autoridades.....	59
VII.—El <i>Le</i> y el disparate.....	73
APÉNDICE 1.º.....	87
APÉNDICE 2.º.....	91

Se acabó de imprimir este
libro en Madrid, en la
imprensa del Asilo
de Huérfanos, el
8 de Marzo
de 1910.

—

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

III

JOSÉ ZORRILLA



Handwritten text at the top of the page, possibly a header or address.

Handwritten text in the middle section, possibly a name or title.



Handwritten text below the signature, possibly a name or address.

Main body of handwritten text, appearing to be a letter or document content.

May Dios marce mis horas; mi alma que está abierta
tras mi la muerte siente, mi tumba está ya abierta
mis fuerzas aniquila la trémula vejez;
mi inteligencia ofusca su ceraron incierta,
franqueada ya me tiene la eternidad su puerta,
y estais mi voz oyendo por la postrera ver

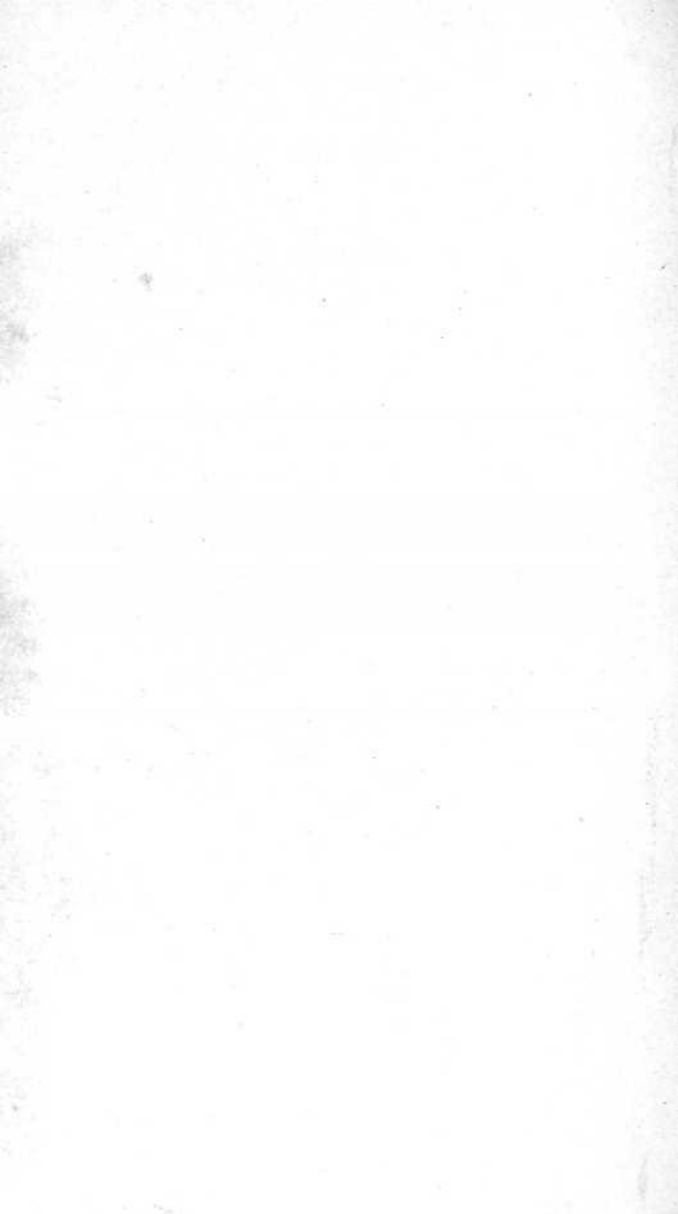
José Zorrilla

(Madrid - mayo 30-89)

Fragmento de la última poesía Á GRANADA, escrita por el Sr. Zorrilla
para leerla en el acto de su coronación.



JOSÉ ZORRILLA



CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

JOSÉ ZORRILLA

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

POR

ANTONIO DE VALBUENA



MADRID

EST. TIP. DE RICARDO FÉ

CALLE DEL OLMO, NÚM. 4

—
1889

—
ES PROPIEDAD
—



JOSÉ ZORRILLA

POR el lado de la celebridad á nadie se le ocurrirá poner en duda su derecho de ocupar en esta galería puesto preeminente. Ahora, por lo que toca á la otra condición, la de contemporáneo, puede ser que haya quien se la dispute.

¿Cómo ha de ser contemporáneo nuestro — dirá quizás alguno — el poeta que hace ya medio siglo que subió á la cumbre de la fama? ¿Cómo puede ser una celebridad de nuestros días el poeta que estaba ya ensordecido de aplausos y abrumado de laureles, cuando todavía no habíamos nacido la mayor parte de los que ahora cultivamos las letras? ¿Dónde están ya los verdaderos contemporáneos de Zorrilla, sus compañeros de trabajos y de glorias, los demás poetas y literatos que alcanzaron celebridad en la época del romanticismo?

Verdad es que faltan casi todos. Cuarenta y sie-

te años hace ya que murió Espronceda, su amigo del alma, gran poeta como él, aunque extraviado; de entonación acaso un poco más enérgica, pero menos lujoso, menos florido, menos rico en imágenes, menos fecundo, menos espontáneo. Murieron igualmente los poetas menores, el autor de *El Trovador*, el de *Don Alvaro*, el de *Los amantes de Teruel*, el de *El pelo de la dehesa*, el de *El hombre de mundo*; murieron los literatos Martínez de la Rosa, Gallego, y Gil y Zárate; murieron los escritores satíricos *El Curioso Parlante* y *Fray Gerundio*; murieron los filósofos Donoso Cortés y Balmes... ¿Qué tenemos ya que ver con aquella época de prosperidad literaria?

Sin embargo, Zorrilla vive todavía entre nosotros; Dios le ha concedido la prolongación de sus días, *longitudinem dierum*, prometida en la Sagrada Escritura á los hombres de recto corazón, y el que sea anciano y el que brillara en el mundo literario hace medio siglo no es razón para negarle justos y legítimos honores, sino para dar gracias á Dios que nos le conserva.

Me acuerdo, como si fuera ahora, de la primera vez que oí hablar de Zorrilla. Era yo un rapaz de muy pocos años; uno de los catedráticos del colegio, encareciendo la necesidad de no contrariar las vocaciones y las aptitudes de los niños para que lleguen á ser personas de provecho en el mun-

do, nos decía una tarde: «Ahí tenemos al célebre poeta Zorrilla, que, siendo estudiante de leyes, andaba apurado para ganar curso; pero se dedicó de lleno á componer versos, que era su afición favorita, y hoy es el poeta que hace eco en el siglo. Pues que componga versos...» En cuanto salí del colegio á las primeras vacaciones, me puse á buscar en la librería de mi casa versos de Zorrilla; encontré los *Cantos del Trovador*, las *Vigilias del estío* y la *Corona poética de la Virgen*; pero los dos primeros libros me los quitaron, apenas había leído un poco de *Margarita la Tornera*, porque no me convenía entonces su lectura, dejándome solamente el poema de MARÍA, cuya introducción y primeros cantos me supieron á gloria. Vuelto al colegio, me asocié con un condiscípulo de iguales aficiones, junté á los suyos mis pobres ahorros de colegial y entre los dos pedimos á Madrid las obras de Zorrilla, recibiendo á los pocos días los tres preciosos tomos de la edición de París, que leímos, ó por mejor decir, devoramos, á escondidas de los superiores, con inefable placer del alma. Desde entonces tengo á este poeta profundo cariño. El fué quien despertó mis aficiones literarias y me formó el gusto.

Después, también me acuerdo de la primera vez que ví á Zorrilla. Hará veintidós años; era yo recién venido de mi país á estudiar Derecho, y él,

recién venido de América; le encontré en la calle del Príncipe, y tuve que hacerme fuerza para no dejarme llevar del primer impulso de darle un abrazo aunque me tuviera por loco.

—Mira, ese es Zorrilla —le dije á otro estudiante que me acompañaba.

—Le conoces, ¿eh?

—Sí, muchísimo...; es decir, no le había visto nunca hasta ahora, pero he visto el retrato que va al frente de sus poesías, y estoy seguro de que es él.

Cualquiera en mi lugar se hubiera hecho presentar á Zorrilla al día siguiente; pero no vino la ocasión rodada, y, queriendo yo mucho á Zorrilla, he estado más de veinte años encontrándole en la calle y contentándome con saludarle sólo de intención, aunque, eso sí, con grande y verdadero afecto.

Hace cinco ó seis meses, el editor que tenía en proyecto esta colección de folletos crítico-biográficos, me pidió uno dejándome elegir la víctima. Elegí á Zorrilla, por supuesto, y pareciéndome que era ya una necesidad entrar en relaciones con él, le escribí á Valladolid, donde yo creía que estaba, diciéndole quién era, recomendándome á su benevolencia por haber sido muy devoto suyo desde niño, y pidiéndole por encargo del editor una fotografía y un autógrafo. Había venido él pocos días antes á Madrid á donde le volvieron mi carta,

y me contestó por el correo interior con otra que conservo como una reliquia, concediéndome todo lo que le había pedido.

«Pues ¿no he de tener noticias de usted?—me decía.—¡Y vaya si las tengo! dobles, como Valbuena y como *Escalada*. Aunque viejo y arrinconado y encuevado como un lagarto entre las piedras de una vetusta ciudad de provincia, aun saco algunos días el hocico al sol y echo un ojo á lo que pasa por España... Sólo falta que nos veamos...»

Fuí á verle: duró la visita más de hora y media, porque yo no acertaba á marcharme; le oía encantado, y orgulloso de no tener que rectificar nada. Era el mismo Zorrilla que yo tenía en la imaginación desde muchacho. Rodando la conversación y contándome peripecias de su vida, me dijo una vez: «Como yo he visto siempre á Dios en todas partes...» Era el mismo: el poeta creyente que había dicho de Dios que está en todo, que lo ve todo,

Y cosa no hay por elevada ú honda
Que á su mirada universal se esconda.

Era el mismo; el poeta español, el poeta tradicional, el poeta cristiano que yo había conocido y tratado íntimamente en sus obras.

Nació en Valladolid el día 21 de febrero del año 1817, y fueron sus padres D. José Zorrilla y doña

Nicomedes Moral. Pasó los diez primeros años de su vida en Valladolid, en Burgos y en Sevilla, donde su padre, dignísimo magistrado, muy adicto al antiguo régimen, desempeñó sucesivamente cargos de importancia. Después llegó á ser alcalde de Casa y Corte en Madrid, en tiempo de Calomarde, pues era, según dice un biógrafo de su hijo, «uno de aquellos celosos funcionarios públicos, hombres probos y purificadas autoridades que con tanta honra de España conservaban en su seno el espíritu recto y la valerosa fortaleza que la razón de la ley infunde en los ánimos nobles».

En 1827, habiéndose trasladado de Sevilla á Madrid los padres de Zorrilla, entró éste en el Seminario de nobles, establecido por los padres jesuitas en el edificio de la calle del Duque de Alba que es hoy cuartel de la guardia civil, y trasladado después al que es hoy Hospital militar en la calle de la Princesa. «Halléme yo allí—dice él en una carta—condiscípulo de los primeros títulos de Castilla, y recibí una educación muy superior á la que hasta entonces solían recibir los jóvenes de la clase media. Mi padre era el primero de mi familia que, saliendo de nuestro modesto solar de Torquemada, había por sus estudios llegado á un honroso puesto en la alta magistratura».

En una de sus composiciones festivas recuerda Zorrilla la educación recibida en el Seminario de

nobles, así como su falta de aplicación á los estudios serios, cuando dice:

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,
 Y eso que allá los padres jesuitas
 Me avivaron un tanto las potencias;
 Mas yo, dificultades infinitas
 En las ciencias hallando, echéme en brazos
 De las musas. Mujeres y bonitas
 Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
 Y á fe que sus cariños me valieron
 Inútiles mas *sendos* (1) sermonazos.

Efectivamente, en el Seminario de nobles comenzó ya Zorrilla á descuidar los estudios serios de la filosofía y las ciencias exactas, aplicándose al dibujo y á las bellas artes, leyendo á escondidas á Walter Scott, á Fenimore Cooper y á Chateaubriand, y «cometiendo á los doce años—son sus palabras—su primer delito de escribir versos». Se los alabaron los jesuitas y fomentaron su inclinación; los recitaba él en tono declamatorio imitando á los actores del teatro del Príncipe, donde iba alguna noche con su padre, que como alcalde de Casa y Corte presidía; se hizo célebre en los exá-

(1) No está bien aplicado aquí este adjetivo. El mismo Zorrilla le aplica en su verdadero sentido en *El Capitán Montoya*, cuando dice:

Calados anchos sombreros,
 En *sendas* capas ocultos...

menes y actos públicos del Seminario y llegó á ser galán en un escenario donde representaban comedias del teatro antiguo arregladas por los maestros.

En 1832, víctima el padre de Zorrilla de las iras revolucionarias, declarado cesante para que ocupase su lugar algún vocinglero sin conciencia, y desterrado de Madrid y sitios Reales á mayor abundamiento, se retiró á un pueblo de Castilla la Vieja y allí le siguió el hijo al año siguiente dejando el Seminario.

Después... el mismo Zorrilla nos va á contar lo que sucedió:

... Un día

De mi paterno hogar ante la brasa
 Mustia, que chispa á chispa se extingüía
 De la desgracia al soplo, reunidos
 Los solos cuatro seres bien queridos
 De mi familia estábamos. Mi madre,
 Alma llena de amor y de ternura,
 Para quien todo el mundo se encerraba
 En mi profundo amor y el de mi padre.
 Débil mujer, mas tipo de hermosura
 Española; ojos negros, tersa frente,
 Suave acento, sonrisa cariñosa,
 Tez pálida, morena y trasparente,
 Aguileña nariz, breve cintura,
 Casta y noble expresión, corta estatura,
 Y coronada, en fin, de fabulosa,
 Negra, riza y sedosa cabellera
 Que envolvía sus hombros abundosa,
 Y la media, en pie, la talla entera.

Frente de ella, mi padre, magistrado
Recto, conocedor de los secretos
Del turbulento y anterior reinado
Que de espirar entonces acababa
Con la vida de un rey y que dejaba
Los españoles ánimos inquietos,
En sombrío silencio meditaba.

A su lado un severo sacerdote,
Hermano de mi madre, amontonaba
Los extraviados palos del manajo
Que ardía en el hogar. Y en medio de ellos,
Su silencio y tristeza con enojo
Viendo y con inquietud, yo, casi niño,
La moribunda llama contemplaba,
Teniendo asida con filial cariño
La mano que mi madre me alargaba...

Era noviembre: el sol en el ocaso
Doraba con sus rayos postrimeros
El cielo de Castilla frío y raso;
El viento del otoño de sus galas
Despojando la olmeda, cual plumeros
De militares cascos, sacudía
Con furia de los árboles las copas;
Y de su soplo ronco entre las alas,
Que el hielo del invierno nos traía,
La tempestad política venía.

En la empedrada calle oyóse á poco
El trote de un caballo;
Sonoro el eco del herrado callo
De aquel bridón que estrepitoso llega,
Resonó en el portal de nuestra casa...

Cual por impulso eléctrico impelidos,
Todos cuatro á la par abandonamos
Nuestro abrigado asiento,
Y á la escalera y al balcón, movidos
Por el interno afán nos asomamos.

Mi padre, en cuyo pecho tuvo asilo

El valor más sin tacha (¡todavía
Me parece que le oigo y que le veo!)
Con voz serena y corazón tranquilo
Dijo: «No os azoréis; es mi correo.»
Era en efecto el nuestro que venia
De la ciudad cercana. Rompió el sobre
De las cartas mi padre; leyó en calma
Las nuevas de la corte que le envía
Un amigo leal, mientras el alma
De mi angustiada madre
Que por leer también se le aproxima,
Con afanosa incertidumbre lucha;
Y al fin, vuelto al hermano que le escucha,
Dijo: «Ya está la tempestad encima.»

La tempestad que estaba encima era la guerra civil llamada de los siete años, que estalló inmediatamente después de la muerte de Fernando VII, gracias al testamento inícuo que le inspiraron su mujer y su cuñada, y á la criminal codicia de los liberales, dispuestos á agarrarse de cualquier cosa para apoderarse de los destinos de la nación, robar á la Iglesia y enriquecerse. Esta es la realidad que se escondía, y aun hoy se esconde, debajo de las frases pomposas de *libertad política, derechos del pueblo, igualdad ante la ley* y demás zarandajas liberales.

Encendida la guerra civil, durante la cual, por su adhesión inquebrantable á la causa de la religión y del derecho, y por los eminentes servicios que á esta misma causa había prestado antes, hubo

de sufrir mucho, el antiguo alcalde de Casa y Corte se trasladó á Lerma y desde allí envió á su hijo á estudiar leyes á la Universidad de Toledo, donde siguiendo éste sus costumbres del Seminario se dió á buscar antigüedades, á dibujar los peñascos de la Virgen del Valle, el castillo de San Servando, los puentes del Tajo, á correr encantado por aquellas calles moriscas, á visitar las mezquitas convertidas en templos, á admirar los primores de la Catedral y de San Juan de los Reyes, á aprender las leyendas de la Torre de D. Rodrigo, del Palacio de Galiana y del Cristo de la Vega, á todo, menos á estudiar derecho romano.

Apesar de todo ganó curso; pero más debió ser por indulgencia que por justicia. Lo cierto es que el prebendado de Toledo, tío suyo, en cuya casa vivía, y á cuya vigilancia le había encomendado su padre, escribió á éste, dándole muy malos informes.

Por virtud de ellos no le volvió á enviar su padre á Toledo para el curso siguiente, sino á Valladolid, á que continuara la carrera, encargando de su vigilancia á un procurador de la Chancillería, y recomendándole á su amigo el rector de la Universidad D. Manuel de Tarancón, que fué Arzobispo de Sevilla más tarde.

No lo hizo mejor Zorrilla en Valladolid que en Toledo; continuó dándose á estudiar piedras, rui-

nas y tradiciones, se entretuvo leyendo los periódicos literarios que su amigo y antiguo condiscípulo D. Pedro Madrazo recibía de Madrid, siguió haciendo canciones, como decía su tío el de Toledo, y aquel año por primera vez logró ver impresos sus versos en *El Artista*, periódico ilustrado que dirigía el cuñado de Madrazo, D. Eugenio de Ochoa. Por todo lo cual, el procurador á quien su padre se le había encargado, escribió á éste en términos no más halagüeños que el canónigo, diciéndole que su hijo no era más que un holgazán vagabundo, que andaba por los cementerios á media noche como un vampiro, que se dejaba crecer el pelo como un cosaco y que era amigo de los hijos de los que no lo habían sido nunca de su padre, en lo cual aludía á D. Mignel de los Santos Álvarez, hijo de un magistrado liberal poco amigo del padre de Zorrilla.

No podían menos de desagradarle al severo magistrado las noticias que el procurador le daba de su hijo, y aunque éste ganó curso también este año, siquiera fuese, como él confiesa, por favor del Sr. Tarancón, al enviarle por tercera vez á la Universidad, le dijo que si no se graduaba aquel año de Bachiller á claustro pleno, le enviaría á Torquemada á cavar las viñas. Sabía el joven que era su padre muy hombre para hacer lo que decía, pero como no se sentía con vocación á los estudios

serios, como el demonio de la poesía, según su frase, se había apoderado de él, y como no soñaba más que con ser poeta, con ver impresa una obra suya y con llegar á apretar la mano de amigos á Espronceda, á García Gutiérrez y á Hartzembusch, un día anunció resueltamente al rector y al encargado que él no estudiaba y que así se graduaría él aquel año á claustro pleno, como que volaran bueyes. Con este anuncio decidieron enviarle á Lerma.

«Metieronme, dice él, en una galera á cargo del mayoral; pensé yo en el camino que mi vida en mi casa no iba á serme muy agradable; y sin pensar ¡insensato! en la amargura en que iba á sumir á mi desterrada familia, en un descuido del conductor, eché á lomos de una yegua que por aquellos campos pastaba, y me volví á Valladolid por el valle de Esgueba, que era otro camino del que la galera había traído».

Tienen todos estos detalles que parecen pequeños, grande importancia en la biografía de este poeta, porque, con su amable y encantador subjetivismo, los refleja siempre en sus obras. Así, por ejemplo, en los *Cuentos de un loco* narra muy poéticamente esta escapatoria por los pinares, y por cierto que pintando el terror y el remordimiento de su conciencia, dice:

Cada rama que del viento
Una ráfaga movía,
Colosal me parecía
Brazo alzado contra mí.

¡Qué imagen más hermosa, dicho sea de paso, y más adecuada para expresar el estado de ánimo de un mozalvete que huye de la casa de sus padres! Se mueve una rama de noche en el monte, y le parece que es un brazo que va á agarrarle y á detenerle. Si la poesía es la expresión por medio de imágenes, esto es poesía. Y cuenta que de imágenes así tan hermosas está llena toda la narración, con ser ésta, de entre las obras de Zorrilla, una de las menos conocidas y menos importantes. Por donde se ve que la menor y más descuidada de sus obras bastaría para crear una reputación de poeta, que para sí la quisieran muchos.

Volviendo á la fuga, entró Zorrilla en Valladolid de noche, á caballo en su yegua, y al amanecer salía en una galera para Madrid, apeándose á los tres días en la calle de Alcalá y perdiéndose luego á la ventura por las calles de la corte, «huyendo, dice él, de mis santos deberes y en pos de mis locas esperanzas, ahogando la voz de mi conciencia y escuchando y siguiendo la de mi desatinada locura».

Diez meses después, el 15 de febrero de 1837, aparece Zorrilla por primera vez en público y apa-

rece leyendo una poesía en el entierro de Larra que se había suicidado. Ya nos contará él cómo fué esto. No es que hubiera olvidado los sanos principios de su cristiana educación hasta el extremo de ponerse á celebrar un suicidio: no es que tomara parte en la borrachera revolucionaria que por primera vez profanaba públicamente con el cadáver de un suicida el cementerio católico. No; escribió aquellos versos á ruego de otra persona y á condición de que esta otra persona los había de firmar si se publicaban. Después, por sorpresa, se vió obligado á leerlos él, y se supo que eran suyos, y le sirvieron ciertamente para darse á conocer y abrirse camino, si bien hay que convenir en que sin ellos y sin la escena del entierro que le fué propicia, hubiera llegado lo mismo á ser conocido y admirado. De todos modos es indudable que le remordía la conciencia de haber comenzado tan mal, y por eso se arrepintió y quiso hacer público su arrepentimiento, como lo había sido su pecado, escribiendo al principio de su libro *Recuerdos y Fantasías* esta estrofa:

Broté como una hierba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida:
¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

En los diez meses que siguieron á su llegada á

Madrid pasó el fugitivo poeta mil penalidades, careciendo de recursos, y teniendo que esconderse y huir de los únicos que podían protegerle, de los amigos de su familia, porque no le hicieran volver al domicilio abandonado. Assas, el arqueólogo, y el poeta Salas y Quiroga, dice él que le hicieron ganar algunos reales publicándole dibujos y artículos. Entró á escribir en un periódico que sólo duró dos meses, al cabo de los cuales la policía, de orden del gobernador de las tres ppp, D. Pío Pita Pizarro, buscó á sus redactores para hacerles viajar gratis á Filipinas. Zorrilla vió entrar la policía y se descolgó por un balcón que daba al patio de la casa vecina, de la que salió sin novedad, y, escurriéndose por pasadizos y callejuelas, llegó á la calle de la Esgrima donde se encontró de manos á boca con un gitano á quien dos años antes había salvado la vida cerca de Aranda, obteniendo su perdón del jefe de una partida carlista que le iba á fusilar por espía del enemigo. Le conoció el gitano, y en cuanto se enteró de su situación comprometida le llevó á su albergue, le trenzó las melenas, le embetunó el rostro, le puso calzones y chaqueta de pana y sombrero ancho y faja más ancha todavía, y le sacó de Madrid, como un gitano más, por el puente de Toledo. ¡Haz bien y no cates á quien, dice el adagio!

A los diez días, pasado aquel peligro, por el cam-

bio de situación que produjo el motín en que tuvo desastrosa muerte el general Quesada, volvió á entrar Zorrilla en Madrid por la puerta de Toledo, ya destrenzado y desteñido, y volvió á andar al salto de mata, como él dice, pasando la noche en el cuartucho de un cestero que había sido conserje de la redacción del malhadado periódico, y el día en la Biblioteca Nacional, las horas que estaba abierta, y las que no, vagando por las calles con su amigo Miguel de los Santos Álvarez, el autor de un poemita impío y obsceno, titulado *María*, que Espronceda salvó del olvido encabezando con una de sus impiedades el segundo canto de *El Diablo Mundo*.

En la Biblioteca fué donde un italiano llamado Joaquín Massard, que estaba al servicio del infante D. Sebastián y conocía á Zorrilla por los Madrazos, le dió un día la noticia de que Larra se había suicidado la tarde anterior, y llevándole á ver el cadáver á la bóveda de Santiago, le dijo luego que sabía por Pedro Madrazo que hacía versos, y que si quería hacer unos á Larra, él los haría insertar en un periódico y acaso podrían valer algo.

No le sedujo á Zorrilla la proposición, y bien se comprende. Dos afanes tenía entonces Zorrilla; dos pensamientos engendraban y encendían su deseo de ser poeta y de adquirir fama; el pensamiento de contentar á su padre, cuyo justo enojo se proponía

ahogar debajo de una montaña de laureles, y el de agradar á una joven de quien estaba enamorado y á quien había pedido el plazo de un año para trabajar y hacerse hombre. Desde luego se le ocurrió que no le podía valer gran cosa para con su padre ni para con su amada el escribir versos á un mal cristiano, liberal y por contera suicida, y por eso, no queriendo desairar del todo á Massard, le dijo que haría los versos para que él los firmara. Quedó así convenido. Zorrilla se fué aquella noche como todas al cuchitril del cesterero, donde no se sabía lo que era papel ni tinta ni pluma; pero había unas mimbres en tinte azul, llevaba él en el bolsillo la cartera de un capitán condiscípulo suyo con la que por casualidad se había quedado, y aguzando una mimbres y mojando la punta en el tinte, á la luz de una vela que había comprado á prevención, trazó en la cartera del capitán los versos á Larra, bien ajeno ciertamente de que iban á tener la resonancia que tuvieron. A la mañana siguiente los copió de pluma en el domicilio de Álvarez, y se fué á entregárselos á Massard según lo tratado.

Por la tarde era el entierro de Larra al que no quería faltar Zorrilla porque sabía que iban todos los poetas y escritores á quien tanto deseaba conocer (menos Espronceda que estaba enfermo), y retejándose como pudo con un gabán de Salas y otras prendas de otros amigos, se fué á la iglesia de San-

tiago, y de allí con toda la comitiva al cementerio. Cuando llegaron, el actual marqués de Molins, que aun no lo era y que ejercía entonces de descreído y de revolucionario, hizo un fervoroso elogio fúnebre de Larra, conmoviendo profundamente al auditorio que, á la verdad, debía de estar muy dispuesto á conmovirse. Algunos poetas leyeron versos que mantuvieron la tensión en el público; y cuando ya iba á darse por terminado el acto, se adelantó Massard hacia los directores de la función diciéndoles que faltaban por leer unos versos, pero no atreviéndose á leerlos él con su acento extranjero, empujó á Zorrilla hasta fuera de la primera fila y, poniéndole la composición en las manos, le dejó solo. Todas las miradas se fijaron en aquel joven de larga cabellera, delgado y pálido y para todos completamente desconocido. Ya no había remedio; tenía que leer, y en medio de un silencio sepulcral dejó oír su voz juvenil, fresca y simpática, y dando á los versos una entonación sentimental hasta entonces desconocida, produjo una explosión de ternura y de sentimiento. A la mitad de la lectura se contagió él también del sentimiento de los demás y se le arrasaron los ojos en lágrimas, siendo necesario que el actual marqués de Molins, que estaba á su lado, le quitara la composición de la mano y acabara de leerla. Al final, el entusiasmo de la concurrencia no tuvo límite. Todos lloraban, todos sa-

ludaban al nuevo poeta con la admiración de que estaban poseídos, y todos, dice Pastor Díaz, testigo presencial, bendecían á la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro.

Pero Zorrilla ya no oía ni se enteraba de nada. Desde que había tenido que llevarse el pañuelo á los ojos, su espíritu había volado, él lo dice, á llamar á las puertas de una casa de Lerma, y á los cristales de la ventana de una blanca alquería escondida entre verdes olmos.

¡Pobre poeta! Ni en la casa de Lerma vivían ya sus padres, que perseguidos habían tenido que buscar refugio en el campo carlista, ni en la blanca alquería de entre los olmos estaba la mujer amada, que ya le había vendido. Y sin embargo, todavía algún tiempo después la creía él llorando desconsolada su ausencia, y escribía aquellas hermosas quintillas *Al Arlanza*, llenas de melancolía y de ternura, donde hablando con el río le dice:

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas...
Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano,
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas.

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura:
Mírala ¡oh río! al pasar;
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

.....
Mira ¡oh río! en caridad,
Si de ese fantasma al pie
Una afligida beldad,
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saluda
Que por la vega te escrudas.

Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío;
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena!
¡Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

.....
Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla, Arlanza, el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he fingido
Por adormir mis pesares.

¡Río Arlanza, río Arlanza,
 Que el florido campo pules
 Derramándote en holganza,
 Dila que está mi esperanza
 Cabe tus ondas azules!

El entierro de Larra cambió por completo y muy favorablemente la situación de Zorrilla. Aquel día por la mañana le había negado Segovia, á quien se presentó con recomendación verdadera, una plaza de redactor en *El Mundo*; y por la noche Donoso Cortés y Pastor Díaz creaban para él, en el nuevo periódico *El Porvenir*, una plaza retribuída.

Le sacó del cementerio González Bravo, que aún no soñaba en ser ministro, ó, aunque lo soñara, no había llegado á serlo, y haciéndole subir al coche de unos amigos le llevó con ellos á comer á la fonda de Genyes. De allí le llevó al café del Príncipe, donde encontró y saludó á Bretón, á Ventura de la Vega, á Gil Zárate, á Hartzembusch y á García Gutiérrez á quien ya había conocido por la tarde; y desde allí fué llevado á casa de Donoso Cortés, donde después de hacerle varias preguntas y de oírlle recitar la composición *Á Venecia* y la oriental aquella del rubí

«partido por gala en dos»

que se ha hecho tan célebre, quedó encargado del folletín del nuevo periódico.

Poco tiempo después recibía una carta de Villal-

ta, el amigo de Espronceda y de Enrique Gil el tierno cantor de *La Violeta*, solicitándole para la redacción de *El Español*, con mucho mayor sueldo por ser periódico de suscripción mucho más numerosa. Se negó Zorrilla á esta solicitud por lealtad á Donoso Cortés y á Pastor Díaz, pero cuando estos lo supieron, le autorizaron, abrazándole cariñosamente, para pasar al periódico de Villalta. Llevóle éste una noche á ver á Espronceda, convaleciente de una larga enfermedad, recibióle Espronceda en su alcoba, se abrazaron, se tutearon á la media hora y quedaron hechos íntimos amigos, lo cual fué para Zorrilla el colmo de la felicidad, porque Espronceda era según él dice, el ídolo de sus creencias literarias.

En fin, que la nave de las esperanzas de Zorrilla iba viento en popa, y antes de hacer el año de la famosa tarde del 15 de febrero, publicaba su primer tomo de poesías precedidas de un prólogo de D. Nicomedes Pastor Díaz y encabezadas con la composición dedicada á Larra. «Está escrita esta producción con bastante sentimiento en algún trozo, dice el autor de la concienzuda biografía de Zorrilla que precede á sus obras en la edición de París, y no tiene nada de notable, á no ser una ligera muestra de una imaginación lozana y de una percepción todavía incorrecta». No valen mucho más la mayor parte de las del tomo, imita-

ciones del estilo de Calderón, de Víctor Hugo y de Lamartine, en las que abundan las imágenes inadecuadas y los afectos falsos; pero sin que falten tampoco en ninguna de ellas ciertos asomos del genio brillante, que poco después se había de revelar francamente en Zorrilla, haciendo de él el primer poeta del siglo. Así por ejemplo en la composición á un poeta, que comienza:

Dejame oír tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro...

predice con clara inspiración y profética valentía el conflicto social, entre los ricos encanallados por el apego á los goces materiales, y los pobres descristianizados por los sofistas:

Vi ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mujeres,
De sus hijos olvidados.
«Vivamos hoy» se decían
En el lúbrico festín;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedían.
Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Aquí está el poeta. Aquí le tenemos adelantándose á su edad y sintetizando en cuatro versos esculturales de grandiosa expresión, los pecados y los

castigos de una época desgraciada que aún no había llegado.

Más claramente todavía se manifiesta el poeta un poco más adelante, en la composición titulada *Indecisión*, donde dejándose ya por completo de buscar imágenes sorprendentes á lo Víctor Hugo y combinaciones Calderonianas de palabras, acierta con su cuerda, se entrega á su propia inspiración y exclama:

¡Bello es vivir! La vida es armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas:

¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace,
Y la neblina que corona el monte
Y en el aire flotando se deshace.

Y hay en el bosque gigantesca sombra
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya extensa y abrasada alfombra
Crece la palma como hierba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
Se mira al mundo á nuestros pies tendido,
La frente altiva con las nubes toca...
Todo creado para el hombre ha sido.

No puede haber nada más bello ni más grandioso que esta pintura de la naturaleza. En lozanía,

en frescura, en animación y en color pasa los límites de lo imaginable. El poeta había dado con su manera propia de expresión, había encontrado su propio lenguaje, lujoso y florido como acaso no le tuvo jamás ningún poeta en ningún idioma: sólo le faltaba ya fijar el rumbo de su poesía, encontrar los asuntos más propios en que ejercitar su fecunda inspiración; y también en esto iba á ser afortunado.

O por mejor decir ya lo había sido, porque ya había tenido la fortuna de ser educado cristianamente por su piadosa madre, que desde niño le formó el corazón en el temor de Dios, y de no ver en su padre más que ejemplos de rectitud, de caballeridad y de nobleza; y á estos nobles ejemplos y á aquella educación cristiana, debió sin duda el laudable propósito que hizo público al imprimir su segundo tomo de poesías, de ser poeta tradicional y poeta cristiano, de no consagrar su númen sino á la santa Religión de sus padres, y á las tradiciones de su Patria. ¡Oh, que tenemos siempre gran deuda con Dios y grave motivo para darle gracias constantemente, los que como Zorrilla hemos tenido padres nobles y santos!

En junio de 1838 publicaba Zorrilla su segundo tomo de poesías, encabezado con una dedicatoria á sus amigos D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Díaz, en la cual, después de decir que

al publicar el tomo primero no había tenido otro fin que el de complacerles reuniendo á su instancia en una colección los versos que andaban esparcidos por varios periódicos, y que, escritos en diferentes circunstancias y bajo las impresiones del momento no obedecían á ningún pensamiento común, añadía :

« Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas; la Patria en que nací y la Religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religión encierra más poesía que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid, á D. Pedro Ansurez, á Hernán Cortés y á García de Paredes. Cristiano, creo que vale más nuestra *MARÍA* llorando, nuestra, severa semana Santa y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Plutón. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo, buscar héroes en tierras remotas en menos cabo de los de nuestra Patria; y cristiano tengo por criminal olvidar nuestras creencias por las de otra religión, contra cuyos errores protestamos á cada paso.»

Esta noble manifestación hecha con toda forma-

lidad, en prosa, al principio de su carrera, la ha repetido Zorrilla muchas veces en sus versos, siempre con la misma formalidad, con el mismo valor, con el mismo entusiasmo. Ya es en la introducción á los *Cantos del Trovador*, donde dice:

¡Lejos de mí la historia tentadora
De ajena tierra y religión profana!
Mi voz mi corazón mi poesía
La gloria cantan de la patria mía.

Ya es en la introducción á las *Vigilias del Estío*, donde dice:

¡Fálteme la luz del sol
Si algo *impío* ni *extranjero*,
Que haya en mis escritos quiero!
Que al cabo nací español.

Ya es en la introducción á la leyenda oriental de *Alhamar el Nazarita*, donde exclama:

Y he aquí porque cuando hoy mi voz levanto,
Cristiano y español, con fe y sin miedo
Canto mi religión, mi patria canto...

Y así en todas partes y en todas ocasiones declara Zorrilla que se propone ser poeta nacional ó poeta cristiano, que, cuando la nación es España, todo es uno.

Pero ¿«puede haber en España ahora una poesía nacional?—pregunta D. Ildefonso Ovejas, el autor de la concienzuda biografía crítica ya citada—¿cual sería su efecto? ¿qué cualidades distinti-

vas ha de tener?» Y del hecho que él asienta como inconcuso de que España no conserva ya ningún carácter propio que la distinga de los demás pueblos, deduce lógicamente que no podemos tener poesía nacional ahora. Mas como la premisa no es verdadera, ni el biógrafo ha podido llegar á ella, sino por otras afirmaciones y reflexiones que adolecen de inexactitud y de pesimismo, tampoco es verdadera la consecuencia. Yo no sé si el señor Obejas vivirá todavía: presumo que no, porque nunca he oído hablar de él, ni he encontrado ningún otro escrito suyo más que la biografía de Zorrilla, que es excelente; pero si acaso vive, ya la guerra de Africa y la guerra de Cuba, emprendidas y sostenidas con gran entusiasmo por motivos de honra y de integridad nacional, y la última guerra carlista comenzada y sostenida principalmente por motivos de Religión, y el movimiento que recientemente produjo en Madrid y en toda España y aun fuera de ella, donde quiera que había españoles emigrados, la noticia del robo de las Carolinas, le habrán convencido de que ni ha muerto la nacionalidad española, ni la moderna civilización, que llaman, ha borrado todavía por entero su antiguo carácter, ni fué el último arranque de españolismo el de la guerra de la independencia.

No, no; y el error del Sr. Obejas nace de haber tomado por España á unos centenares de aventu-

rereros que adoptaron las extranjeras novedades políticas, como medio de encaramarse á los destinos del país y vivir y medrar á su costa, nace de haber tomado por españoles á los holgazanes que bullen y gozan en las grandes ciudades, á los cínicos que son extranjeros en su Patria. En el pueblo, en el verdadero pueblo hay todavía fe y adhesión á las instituciones seculares: el pueblo está en verdad muy trabajado por la revolución, pero aún no está corrompido: la gente laboriosa que constituye el nervio y la vida de esta nación, ama todavía su glorioso pasado, y no reniega de la Religión santa que, sobre prometerla eterna felicidad y eterna vida para después de la muerte, aún aquí en este breve tránsito, solemniza y bendice todas sus alegrías y todas sus tristezas, desde la cuna hasta el sepulcro.

Por eso precisamente es Zorrilla el poeta más popular de su tiempo, porque ha cantado lo que el pueblo cree y lo que el pueblo ama.

Cumpliendo el propósito manifestado en la dedicatoria, da principio al tomo segundo con una paráfrasis del *Dies iræ*, titulada *El día sin sol*, en cuya introducción, canta con una gallardía de tono y un lujo de expresión inimitables, la creación del hombre y de la mujer por Dios, la astucia de la serpiente, que tentando el orgullo de la mujer la dice:

«Y á ti te llamarán la criatura...»

y por último, la caída, el pecado, la vergüenza de Adán y la maldición del Altísimo. Después comienza á cantar el juicio final en esta forma:

«Ancho panteón de gente condenada,
 Condenado á morir como su gente,
 Caerá el mundo en el pozo de la nada
 Rota en pedazos la caduca frente.
 La impía raza en las tumbas cobijada
 Otra vez se alzará mustia y doliente,
 Roto el dogal que al polvo la sujeta,
 Al vivo son de la final trompeta.

En el mismo tomo viene poco después otra composición religiosa titulada *La Virgen al pie de la Cruz*, toda ella muy brillante, y alguno de cuyos trozos es quizá lo mejor que tiene Zorrilla como poeta de sentimiento.

El tomo tercero empieza con una *Oda á Roma* de extraordinaria valentía, y contiene otra muy bella composición titulada *La soledad del campo*, que exhala frescuras y aromas de primavera. La titulada *Las hojas secas* es la primera y la más hermosa del tomo cuarto.

El crepúsculo de la tarde y la oda *A un águila*, en el tomo quinto; *Vigilia*, *Gloria y Orgullo*, *Misterio*, *A la luna*, *Fe*, *Ira de Dios*, en el sétimo, todo es bellísimo. La primera parte de *Vigilia* termina con estos cuartetos:

Tierna, amorosa celestial María
 Rosa inmortal del Gólgota sangriento,

Faro infalible que mi rumbo guías
 Entre la funa de la mar y el viento;
 Librame de esos ecos misteriosos
 Que me atormentan en la sombra vana,
 Aleja esos fantasmas vaporosos
 Que vienen á llamar á mi ventana.

El himno á la luna concluye con esta hermosa estrofa:

¡Oh, luna! si en mi túmulo no brilla
 De humana gloria la estinguida luz,
 Cuelga al menos tu lámpara amarilla
 Sobre su rota y olvidada cruz.

La composición titulada *Fe* termina con esta tierna invocación al Angel de la Guarda:

Espíritu blanco y puro
 Que con tu fanal seguro,
 Por el lóbrego recinto
 Del mundano laberinto
 Mis pasos guiando vas;
 Angel que invisible velas
 Mi existencia, y me consuelas,
 Y en la noche sosegada
 A la orilla de mi almohada
 Mi sueño guardando estás.
 Tú que con alas de rosa
 De mi mente calurosa,
 Benigno apartas y atento
 El mundano pensamiento
 Y la torpe tentación... etc.

Tal es Zorrilla como poeta lírico: lujoso en la expresión, rico en imágenes, creyente y enamorado en el fondo, fácil y florido en la forma.

Ya se ve, pues, cuán injusta es la moda reciente de tener en poco la poesía de Zorrilla, pretestando que es hojarasca, que no tiene pensamientos filosóficos, que carece de vigor, que tiene incorrecciones... ¡Hojarasca una poesía que es una continua oración, una continua efusión del alma ante la grandeza divina! ¡Qué no tiene pensamientos! Lo que hay es que no los tiene rebuscados como otros poetas de menos inspiración y de más estudio. ¡Qué no tiene vigor! Ni en el himno *Al sol*, de Espronceda, que es de lo más vigoroso que se ha escrito, hay dos versos como estos de Zorrilla en *Gloria y orgullo*:

De un Dios hechura, como Dios concibo,
Tengo aliento de estirpe soberana...

¡Que tiene incorrecciones! ¿No había de tenerlas habiendo escrito cientos de miles de versos? A pesar de esas incorrecciones que el mismo Zorrilla con modestia rara ha confesado y ha exagerado, nadie puede disputarle el cetro de la moderna poesía lírica.

También ha sido poeta dramático. Su potentosa fecundidad debía extenderse á todo, y á su genio verdaderamente superior no podía estarle vedado nada.

La necesidad de sostener á su padre, emigrado en Francia después de concluída la guerra civil, ya que la justicia de los liberales le habían confiscado

brutalmente su hacienda, y el deseo de poder enviarle mayores recursos que los que le producían sus tomos de versos le llevó á escribir, en colaboración de su amigo García Gutiérrez y bajo la dirección de éste, el drama titulado *Juan Dándolo*, y en cuanto se convenció de que podía escribir para el teatro produjo en muy pocos años veintiocho obras de todos los matices del arte dramático, desde la loa hasta la tragedia, en todas las cuales, aun en las menos ajustadas á las reglas escénicas y en las que más descuidada está la perfección artística del conjunto, hay bellezas de primer orden, verdaderos derroches de inspiración y de poesía. Pero hay algunas que se presentan todavía, y seguirán representándose, con aplauso mientras subsista la lengua castellana, como *El zapatero y el rey* (parte segunda) y *Traidor, inconfeso y martir*, sin contar el *Don Juan Tenorio*, tan popular que ya todo el mundo le sabe de memoria.

Pero donde ha llegado Zorrilla á mayor altura que en la dramática y en la lírica es en otro género de poesía mezcla de lírico y épico, creado por él mismo, y casi exclusivamente suyo, en la leyenda.

Desde muy temprano manifestó tendencias á este género, por creerle sin duda el más en armonía con sus cualidades y el más á propósito para sus fines. Ya en el segundo tomo de sus poesías publicó dos de estas leyendas tradicionales, una titulada *Para*

verdades el tiempo y para justicias Dios, y la otra A buen juez mejor testigo, que es de entre sus obras una de las que le han dado más justa y merecida fama.

En los demás tomos de poesías líricas intercaló también varias leyendas, siendo una de las mejores *El capitán Montoya*; y más adelante dió á luz sus *Cantos del Trovador*, que son otras seis leyendas, y sus *Vigilias del Estío*, que son tres, y tres más sueltas con los títulos de *El desafío del diablo*, *Un testigo de bronce* y *La azucena silvestre*. En este género de obras es donde Zorrilla despliega más galas poéticas, donde se abandona más á su inspiración y donde más campea su númen. La mejor de todas creo yo que es *Margarita la Tornera*.

En 1849, á los doce años de haber publicado su primer libro, queriendo cumplir el voto que de niño había hecho á la Madre de Dios de ensalzar sus virtudes en cadenciosos versos si le concedía la fama ambicionada, y deseando á la vez reparar el escándalo que creía haber dado por mezclar en sus poesías pensamientos profanos y escenas de amores pintadas con demasiada libertad, hizo un llamamiento á los creyentes diciéndoles:

Venid á mí los que creéis que existe
Otro mundo mejor que nuestro mundo,

y comenzó á cantar la vida de la Virgen. Desgraciadamente la muerte de su padre le obligó á suspender esta obra, y los editores buscaron, para

concluirla, otro poeta que no hizo más que poner en verso la prosa del abate Orsini.

Por entonces comenzó también los *Cuentos de un loco* y el poema de *Granada*, que es un verdadero monumento.

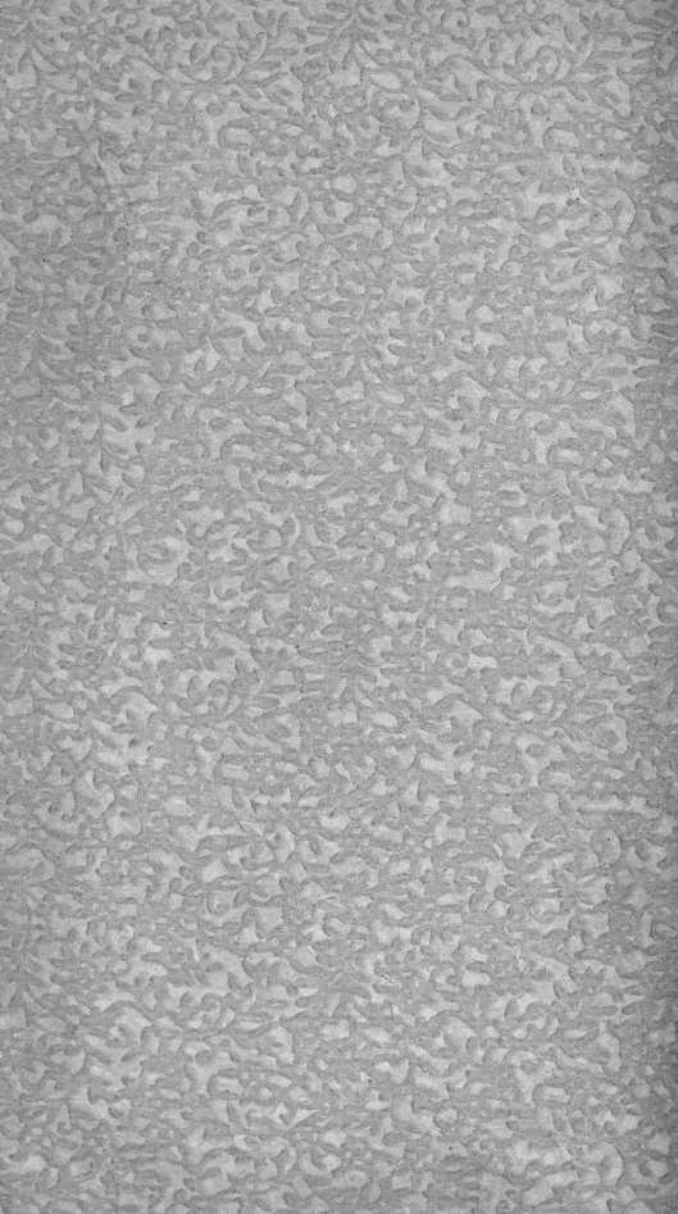
Después vivió en el extranjero, y pasó á América, donde le tuvo en grandísimo aprecio el emperador Maximiliano, cuyo desgraciado fin le inspiró *El drama del alma*, poema lleno de bellezas.

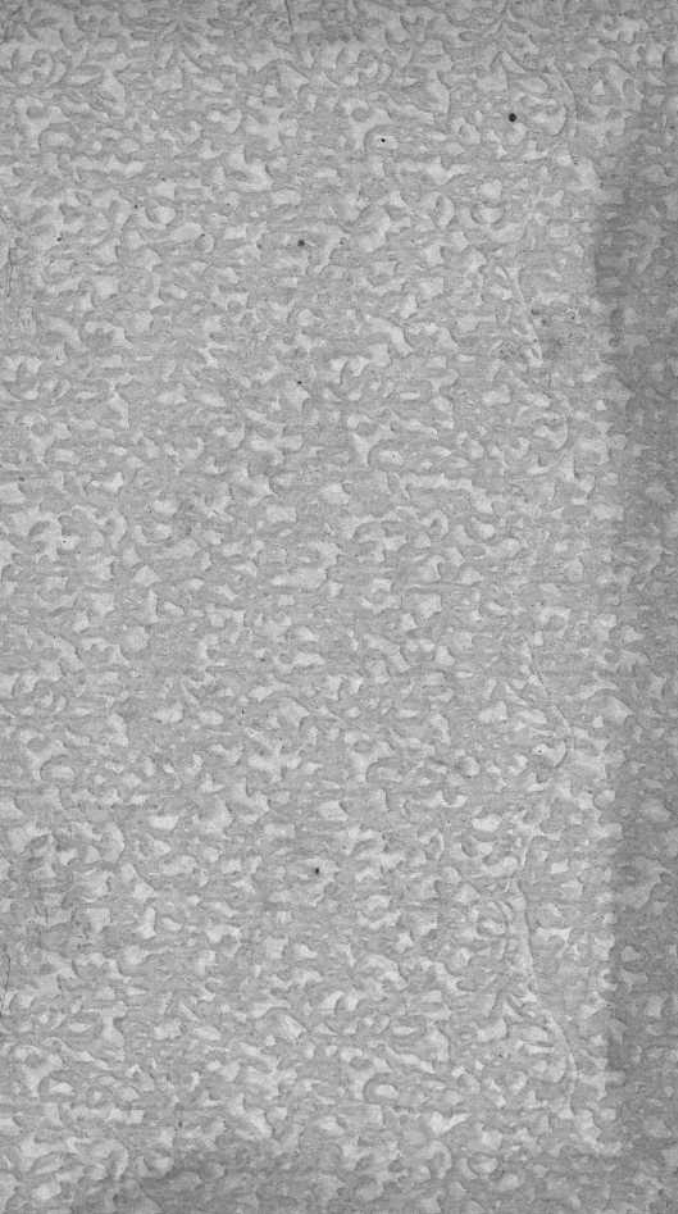
Vuelto á España el año de 1866 ha publicado desde entonces el *Album de un loco*, *Los ecos de las montañas*, *La leyenda del Cid*, *El cantar del Romero*, y ha contado noticias de su vida en *Los recuerdos del tiempo viejo*.

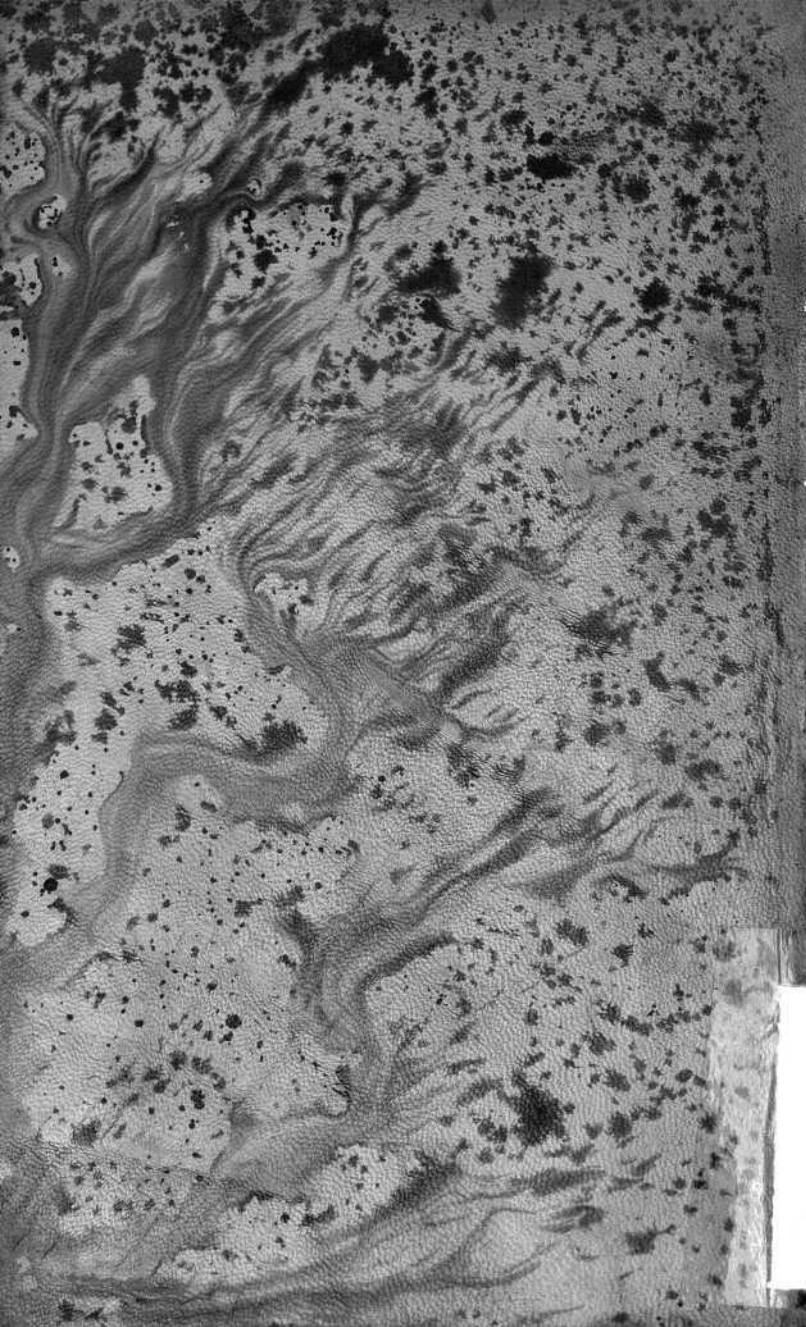
No ha intervenido jamás en las riñas de los partidos políticos que se disputan el presupuesto ni se ha afiliado á ninguno, pero siempre ha sido enemigo del liberalismo y del *siglo de las luces* y amigo de la antigua política cristiana.

Él mismo ha condensado sus ideales políticos en esta octava de los *Cuentos de un loco*:

Sin fe no hay libertad, ni luz, ni ciencia :
 Para hacer de la tierra un paraíso
 No es menester alzar la inteligencia
 Mas de lo que el Señor alzarla quiso :
 Para dorar del hombre la existencia
 Cumplir el Evangelio es lo preciso :
 Hermanos para hacer los hemisferios,
 Templos son menester, no falansterios.









REGNO D'ITALIA

MINISTERO DEL REALE ISTITUTO DI SCIENZE E LETTERE

REALE ISTITUTO DI SCIENZE E LETTERE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE

ALBORE